

16. ELEMENTOS DE INDUMENTARIA Y ADORNO PERSONAL

«Por ello me parece que, aun siendo bárbaros, son cultos y civilizados en extremo y que lo único que los diferencia de nosotros es su ropa bárbara y su lengua propia»

Agatías, *Historias*, I 2, 4

También la indumentaria, en tanto plasmación de las coordenadas culturales en las que se mueve una determinada sociedad, se puede considerar un buen reflejo de ésta, de tal forma que es imprescindible tenerla en cuenta a la hora de definir el patrón arqueológico de la misma.

Los contextos materiales de la *Spania* bizantina permiten conocer desde la *vestis bellica*, gracias al hallazgo de una coraza laminar o de un hipotético faldellín, a la indumentaria civil, tanto masculina como femenina, a la que debemos asociar, sólo por citar los materiales de documentación más frecuente, collares, pendientes, anillos, fíbulas, broches de cinturón o brazaletes. Dichos hallazgos, unidos a los que se han registrado en otros ámbitos de la *Renovatio Imperii* justiniana, como Italia¹, ayudan a comprender la indumentaria del momento.

Para tal cometido, a los hallazgos arqueológicos hemos de añadir también las referencias que nos proporcionan las fuentes del período. Entre ellas, ocupan un lugar fundamental Isidoro de Sevilla² o especialmente, dentro del ámbito bizantino en el que nos movemos, Procopio de Cesarea, quien, de la misma forma que en su *Historia de las Guerras* nos ofrece un completo cuadro de la indumentaria militar vigente en época justiniana, o en el *Sobre los Edificios* (III, 1) menciona la indumentaria imperial, en su *Historia Secreta*, aun siendo otras sus intenciones,

1 RICCI, 2001a, 79-87. Igualmente, acerca de la indumentaria femenina, *vid.* también DE VINGO, y FOSSATI, 2001b, p. 487ss.

2 La contribución principal del arzobispo hispalense en esta materia es sus Etimologías, en las que, no obstante, se unen términos y materiales obsoletos con otros propios del momento en los que se redacta la obra. Acerca de esta problemática, rastreando las innovaciones semánticas, *vid.* el magnífico trabajo de VELÁZQUEZ, 2003.

nos permite ver desde las concepciones acerca de los cánones de belleza y el ornato corporal³, a otros aspectos concretos de la indumentaria y el adorno personal, como los elementos que lo componen y el afán pretencioso que se sigue en su empleo⁴, o los tejidos utilizados⁵.

También la literatura cristiana nos informa acerca de la indumentaria de la etapa. A este respecto, a pesar de que textos como la Regla monástica compuesta por San Leandro, que incluye un capítulo *De habitu virginum*, se dirijan a sectores religiosos, nos muestran que se considera o no decoroso, ajustado a la vida cristiana. En este sentido, como vemos en el mismo arzobispo hispalense, al igual que casi todos los escritos centran sus admoniciones especialmente en los *ornamenta muliebris*, también es recurrente la llamada hacia toda pretensión en el vestir («*debes aventajar a las demás en virtud, no precisamente en el vestir*»), buscando antes la pureza espiritual al ornato terrenal («*porque estarás bellamente aderezada cuando prefieras al exterior el hábito interior, e irás perfectamente compuesta cuando fueres no tras el esplendor de los vestidos, sino tras la pureza del espíritu*»)⁶. Con todo, no se trata tanto de una llamada a la mortificación, como sí a la mesura, como también recuerda su hermano Isidoro en su otra regla monástica, «*pues el vestido costoso arrastra el espíritu a la lascivia y el demasiado abyecto produce angustia de ánimo o engendra el vicio de la vanagloria*»⁷. Es, sin duda, el contrapunto a los ambientes cortesanos que nos describe Procopio para Constantinopla, que conocemos también a través de la musivaria y diversas manifestaciones materiales.

Así las cosas, considerando la documentación de uno y otro tipo, así como las fuentes iconográficas, etc., podemos señalar una serie de rasgos generales para la indumentaria en una ciudad

3 Así por ejemplo, respecto a la emperatriz Teodora, apunta: «*Era Teodora de bellas facciones y especialmente agraciada, pero de corta estatura y blanquecina de piel, aunque no del todo, sino sólo algo pálida, con una mirada siempre enérgica y sostenida*» (*Historia Secreta*, X, 11-12, trad. J. Signes, Madrid, 2000). Buena muestra de las modas imperantes en lo relativo al cuidado personal es la referencia a la «moda nueva» que adoptan en el peinado las facciones de verdes y azules: «*No se tocaban en efecto el bigote ni la barba, sino que querían dejárselo crecer lo más posible, tal como desde siempre han hecho los persas. De los pelos de la cabeza se afeitaban los de delante hasta las sienes, dejando que los de detrás les cayesen largos y en desorden, al igual que los maságetas. Por eso llamaban huna a esta moda*» (*Historia Secreta*, VII, 9-11, trad. J. Signes, Madrid, 2000).

4 «*A continuación, en cuanto a las ropas que llevaban, todos ellos querían ir vestidos como príncipes, y se ponían ropajes excesivamente pretenciosos, por encima de la posición social de cada uno de ellos, pues les era posible adquirir tales vestidos por medios ilícitos*» (*Historia Secreta*, VII, 11-12, trad. J. Signes, Madrid, 2000). No obstante, el autor de Cesarea da cuenta de una pronta moderación al respecto: «*Desde ese momento la mayor parte de la gente, para no morir víctima de su avaricia, empezó a utilizar cinturones y broches de bronce así como vestidos muy inferiores a su rango y se retiraba a ocultarse a sus casas cuando todavía no se había puesto el sol*» (*Historia Secreta*, VII, 18-19, trad. J. Signes, Madrid, 2000).

5 «*Desde antaño los vestidos de seda acostumbraban a confeccionarse en las ciudades fenicias de Berito y Tiro. Los comerciantes, productores y artesanos de estos productos, vivían allí desde siempre y exportaban esta mercancía desde allí a toda la tierra (...), el emperador, que dio a todos la impresión de estar muy irritado por esto, prohibió por ley a todos que la libra de estos vestidos valiera más de ocho piezas de oro*» (*Historia Secreta*, XXV, 14-17, trad. J. Signes, Madrid, 2000). Acerca de este tejido y su importancia en el mundo bizantino, *vid.* MUTHESIUS, 2002, p. 147-168.

6 *Libro de la Educación de las Vírgenes y del Desprecio del Mundo*, X, ed. y trad. de J. Campos e I. Roca, 1971, p. 47-48.

7 Isid., *Reg.*, XII, 312-314 (ed. de J. Campos, 1971, p. 109). El apartado *de habitu monachorum* es una valiosa fuente para conocer la indumentaria de los monjes de este momento, y en general, extraer conclusiones para la del conjunto de la población. Así, entre ellas, el hecho de que para éstos se prohiba el lino puro deja ver las limitaciones que se imponen en su empleo.

protobizantina, no perdiendo de vista, en cualquier caso, las diferencias que existirían entre los distintos ámbitos geográficos, en virtud de su permeabilidad hacia otras gentes y culturas.

De esta forma, sabemos que las mujeres portan vestido largo de diversos tejidos, que podía ir decorado mediante bandas sobre los bordes y muñecas, quedando cerrado al cuello mediante botones o fíbulas, en tanto que ceñido a la cintura mediante cinturón. Sobre la túnica, se colocaba además la capa, generalmente cerrada sobre el pecho con una fíbula, y a veces, también el *maniakon*, especie de cuello semirígido profusamente decorado. Por lo demás, todas las mujeres casadas iban con la cabeza cubierta, bien con velo o cofia⁸. Así, en el entorno de *Carthago Spartaria*, la necrópolis de El Corralón muestra el empleo de este tipo de tocados a través de un conjunto de alfileres dispuestos sobre el cráneo⁹.

El hombre, que también lleva capa sujeta sobre el hombro derecho por una fíbula, vestía normalmente pantalones o una especie de mallas, así como la dalmática, una túnica larga que cubría hasta las rodillas, y que también quedaba ceñida mediante cinturón¹⁰. En cuanto a este último elemento, existen dos tipos, uno simple, constituido por una sola correa en cuero, cerrada por una hebilla de variadas formas, y otro múltiple, integrado por correa decorada por varias placas, a las que corresponden otras tantas correas pendientes dotadas de puntal. Esta última variante, frecuentemente unido a un cuchillo o un puñal, constituía una especie de distintivo del rango militar, derivando de la fusión entre el faldellín militar y los modelos orientales. En cualquier caso, el cinturón, antes sobre todo ligado al ejército y a las clases menos acomodadas, está ahora ampliamente difundido, como resultado de una nueva moda que debe mucho al contacto con las poblaciones germánicas¹¹.

Por lo demás, hombres y mujeres utilizaban zapatos en cuero cerrados por correas y puntales, y a veces portaban a la cintura, una bolsa cerrada también mediante hebilla.

En el caso de *Spania*, salvo alguna excepción, casi todos nuestros datos proceden de contextos funerarios, lo que, dada la existencia de condicionantes rituales, desvirtúa nuestra imagen. No obstante, algunas de las pautas individualizadas parecen extrapolables al comportamiento ordinario. Ocurre así con los elementos de adorno, para los que parece imponerse una mayor sobriedad, que no sólo implica el recurso a menos piezas, sino también su misma ejecución modesta. A este respecto, resulta difícil no ver en ello el eco de la moralidad cristiana, que además de criticar los afeites, «*para no incurrir en pecado de lascivia y petulancia, pues no es casto de espíritu quien acicala su cuerpo*»¹², insiste en la

8 RICCI, 2001a, p. 81.

9 Así se documentaron junto con un brazalete, un par de pendientes o cuentas de collar en la sepultura 1, como recogen ANTOLINOS y VICENTE, 2000, p. 325.

10 Abundan los testimonios acerca de la utilización de pantalones y calzas por parte de la población bizantina, ceñidos por tales ceñidos. Así, por ejemplo podemos verlo en Procopio (*Historia Secreta*, I,22-24, «...*aunque había visto como Teodosio había aflojado el cinturón que le ceñía las calzas en torno a sus vergüenzas*», trad. J. Signes, Madrid, 2000).

11 Seguimos a RICCI, 2001a, p. 81. En cualquier caso, es necesario considerar diferencias notables entre los diferentes sectores de la población. Así, por ejemplo, acerca de la característica de los grupos más acomodados, BALDINI LIPOLLIS, 2006, p. 147, V.13-V.14.

12 Isid., *Reg.*, XII, 329-331 (Ed. de J. Campos, 1971, p. 110).

moderación¹³ trayendo a colación citas bíblicas, como hace Leandro de Sevilla en la Regla monástica, en la que advierte a su hermana de posibles desviaciones y remata sus consejos con el texto de *Prov.*, 31, 30: «Apártate de la que fuere refulgiendo con rayos de oro y perlas como de un fantasma y considérala como un ídolo, no como una persona, porque se atrevió a adular con múltiples artificios la hermosura que Dios le otorgó en su origen. Por eso clama la Escritura: La ficción es engañosa, y vana la hermosura; la mujer temerosa de Dios, ésa recibirá elogios»¹⁴. Otros autores, como Paulo Diácono, llegan aún más lejos, e incluso, frente a las mujeres bellas, y aquellas que recurren a *ornamenta*, alaban a aquellas otras «*facie rusticana*»¹⁵.

Quedan atrás los tiempos de ostentación, ahora, en principio más reducida¹⁶, mas no por ello inexistente. No en vano, en tales coordenadas de sobriedad y represión de la *cupiditas*, son aun más llamativos los testimonios de los ambientes cortesanos, fastuosos y a veces hasta lascivos, que conocemos por fuentes como Procopio, y que, independientemente de la exageración que éstas hacen en función de criterios morales, no distan de ser en parte ciertos, tal y como podemos ver a través de la iconografía en obras señeras, del tipo de los mosaicos del ábside de San Vital en Rávena, muy especialmente en el séquito que acompaña a la emperatriz Teodora.

La individualización de dos sectores de uso sucesivo en la necrópolis tardía de *Carthago Spartaria*, nos permite ver cuáles son los cambios en estas piezas respecto al período precedente.

16.1. ELEMENTOS DE ADORNO PERSONAL

Por cuanto se refiere a los collares, en época tardía son mayoritariamente femeninos, si bien críticas de la patrística respecto al uso de éstos por parte de hombres¹⁷, deja ver ciertas excepciones, no sabemos hasta que punto extendidas.

Lo cierto es que, a tenor de las evidencias disponibles, el panorama apenas se diferencia del registrado en la zona visigoda más que por una serie de matices. Agrava el problema el hecho de que no existan estudios específicos para este tipo de materiales. Así, apenas podemos

13 Podemos recordar así las instrucciones que da Leandro a su hermana Florentina al respecto, «*En manera alguna te dejes arrastrar por los placeres del mundo, ni hermosees tu cuerpo con brillantes adornos. El cuerpo adornado excita, a no tardar, la liviandad de otros y atrae hacia sí las miradas de los jóvenes la que se engalana y presenta enjoyada. Tratar de gustar a la mirada ajena es pasión de meretriz, y, si te comportas de modo que halagues los ojos concupiscentes, haces injuria al esposo celestial*» (Leand. Hisp., *Libro de la Educación de las Vírgenes y del Desprecio del Mundo*, 171-175, ed. y trad. de J. Campos e I. Roca, 1971, p. 31). Más adelante el arzobispo hispalense vuelve a insistir en las mismas cuestiones, trayendo a colación citas bíblicas: «*El apóstol Pedro expresa el continente de estas mujeres y el adorno de sus vestidos, y describe en su predicación la rectitud de sus costumbres con estas palabras: El esmero de la mujer no ha de estar en los adornos exteriores, o en las joyas, o en los vestidos, sino en el adorno del corazón. Lo mismo, efectivamente, añadió San Pablo cuando dijo: (Oren) asimismo las mujeres con vestido decoroso, ataviándose comedida y sobriamente, no con cabellos rizados, o con dijes de oro, o con piedras, o con vestidos costosos, sino, como corresponde a mujeres que hacen profesión de piedad, con obras buenas*» (Leand. Hisp., *Libro de la Educación de las Vírgenes y del Desprecio del Mundo*, 271-277, ed. y trad. de J. Campos e I. Roca, 1971, p. 37).

14 Leand. Hisp., *Libro de la Educación de las Vírgenes y del Desprecio del Mundo*, 280-284, ed. y trad. de J. Campos e I. Roca, 1971, p. 37.

15 PÉREZ, 2004, p. 173.

16 Acerca de la joyería en época romana, *vid.* CONDE, 2006, p. 113-132.

17 Ocurre así con Clemente de Alejandría, una de las fuentes más valiosas para conocer las ideas cristianas acerca de la indumentaria y el adorno personal. *Vid.* en este sentido, el interesante trabajo de NERI, 2004, p. 223-230.

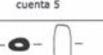
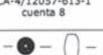
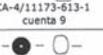
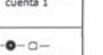
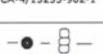
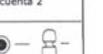
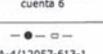
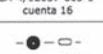
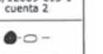
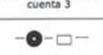
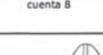
		1	2	3	4	5	6
A ámbar		 CA-4/12057-613-1 cuenta 5	 CA-4/12057-613-1 cuenta 26	 CA-4/12057-613-1 cuenta 7	 CA-4/12057-613-1 cuenta 9		
B resinas calidad inferior	1	 CA-4/11173-613-1 cuenta 10	 CA-4/12057-613-1 cuenta 4	 CA-4/12057-613-1 cuenta 17	 CA-4/12089-613-1 cuenta 11	 CA-4/12057-613-1 cuenta 22	 CA-4/12057-613-1 cuenta 10
	2	 CA-4/12057-613-1 cuenta 15	 CA-4/12057-613-1 cuenta 19	 CA-4/12057-613-1 cuenta 23	 CA-4/12057-613-1 cuenta 27	 CA-4/12089-613-1 cuenta 7	 CA-4/12089-613-1 cuenta 8
	3	 CA-4/12057-613-1 cuenta 21	 CA-4/12057-613-1 cuenta 24	 CA-4/12057-613-1 cuenta 30			
C pasta vítreo	1	 CA-4/12057-613-1 cuenta 18	 CA-4/12089-613-1 cuenta 5	 CA-4/12057-613-1 cuenta 20	 CA-4/12057-613-1 cuenta 28	 CA-4/11173-613-1 cuenta 1	 CA-4/12057-613-1 cuenta 2
	2	 CA-4/12057-613-1 cuenta 8	 CA-4/11173-613-1 cuenta 9	 CA-4/12057-613-1 cuenta 29	 CA-4/12089-613-1 cuenta 12	 CA-4/12089-613-1 cuenta 13	 CA-4/12089-613-1 cuenta 1
	3	 CA-4/12089-613-1 cuenta 4	 CA-4/12089-613-1 cuenta 10	 CA-4/13235-902-1	 CA-4/12061-613-1 cuenta 1	 CA-4/12061-613-1 cuenta 2	 CA-4/11173-613-1 cuenta 2
	4	 CA-4/11173-613-1 cuenta 4	 CA-4/11173-613-1 cuenta 6	 CA-4/12057-613-1 cuenta 16	 CA-4/12089-613-1 cuenta 6	 CA-4/11173-613-1 cuenta 3	 CA-4/12089-613-1 cuenta 2
	5	 CA-4/12089-613-1 cuenta 3	 CA-4/12057-613-1 cuenta 6	 CA-4/12089-613-1 cuenta 14	 CA-4/12061-613-1 cuenta 3	 CA-4/11173-613-1 cuenta 5	 CA-4/11173-613-1 cuenta 7
	6	 CA-4/11173-613-1 cuenta 8	 CA-4/12089-613-1 cuenta 9	 CA-4/20137-610-1	 CA-4/20137-610-2	 CA-4/20137-610-2 despliegue decoración	
D rocas ornamentales	 CA-4/12057-613-1 cuenta 1						

FIGURA 114: Tipos de cuenta de collar documentados en el sector oriental de la necrópolis tardía de Carthago Spartaria (Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2008). Dibujos: Soledad Pérez Cuadrado.

algún trabajo, sobre todo para el mundo visigodo, o tipologías más generales no centradas en el ámbito hispano¹⁸.

Es evidente, igualmente, la distancia respecto a las obras de calidad que circulan por los ambientes metropolitanos¹⁹, y aun en círculos acomodados visigodos²⁰, salvándose únicamente

18 Vid. así MACZYNSKA, 1992, p. 145-185, para el primer caso. Respecto a los trabajos de carácter más amplio, podemos destacar las tipologías realizadas por KOCH, 1977 y LEGOUX, 1993.

19 BALDINI, 1999.

20 Es el caso así, por ejemplo, de un llamativo ejemplar emeritense, documentado en una inhumación de los siglos VI-VII, que ha sido elaborado a partir de láminas de oro lanceoladas con granates incrustados (VV.AA., 2006, p. 390).

y de forma parcial, algunos ejemplos. Entre ellos, debemos destacar el caso de Ibiza, en donde destacan piezas como la recuperada en el solar Maimó, en la que, junto a rocas ornamentales como la cornalina, por más que también se documente material de escaso precio como el hueso, encontramos una cruz de tipo bizantino. En la misma dirección, también es singular el hallazgo de una posible cruz de nácar²¹. En cualquier caso, se trata de excepciones que no cambian un panorama dominado por sencillos collares de materiales poco costosos, distintos y distantes del collar (*munile*) o las *catellae* que cita Isidoro²².

Si acudimos al yacimiento que nos está sirviendo de paradigma, la necrópolis de *Carthago Spartaria*, se puede constatar incluso una reducción del número de ejemplares, circunstancia en parte achacable a las nuevas costumbres funerarias, tendentes a asimilar la muerte del difunto a la del mismo Cristo.

En cuanto a los materiales de que están hechas las cuentas, también hay sensibles diferencias respecto al período previo, pues, si bien es cierto que en ambos la composición principal, por orden de cantidad, se reduce a pasta vítrea, resinas de mala calidad y ámbar, en cada una de ellos también se registran otros materiales en número muy reducido (fig. 114). Así, en Cartagena, en el sector utilizado en época bizantina, la especificidad viene dictada por el empleo excepcional del cristal de roca, dado en un tipo de cuenta, con forma de lágrima, también exclusivo de esta etapa (lám. 99)²³. De un modo u otro, aunque también encontramos al menos otras dos cuentas sólo registradas aquí, salvando las diferencias dimensionales y los pequeños rasgos morfológicos que nos han llevado a individualizar más de medio centenar de piezas, la tipología es en realidad mucho más diversa para la etapa previa.

En esta línea, también sorprende la limitada variedad de materiales empleados para realizar las cuentas. Entre ellos, es escaso el hueso, presente en Cartagena como colgante con una garra de felino, a semejanza de cuanto vemos en otros ámbitos geográficos, quizá como talismanes con poderes mágicos que potenciaban la conservación de las fuerzas personales del individuo tras la muerte²⁴.

Junto al limitado repertorio de materiales utilizados para confeccionar las cuentas, de éstas también hay que destacar su marcada sobriedad, siendo mínimos los ejemplos de piezas que

21 RAMON, 2005, p. 492; y ESQUEMBRE *et alii*, 2005, p. 9-16.

22 Así, respecto al primero, *Etym.*, XIX, 31,12, «El collar (*munile*) es un adorno de gemas que suele pender del cuello de las mujeres; se dice así de *munus* (regalo). También se le dice *serpentum*, porque está formado de ampollitas de oro y gemas diversas que se disponen a modo de serpiente. Algunos le dicen también *segmento*, como Juvenal: «Segmentos y largos hábitos», aunque también digamos vestidos *segmentados*, como el mismo autor; «Y hubiese dormido de *pequeñita* en cunas *segmentadas*». No obstante, en muchas ocasiones también se entiende por *munile* todos los adornos de las matronas, cualquier cosa que se les entrega como regalo». Respecto a la segunda, *vid. Etym.*, XIX,31,15, «Las *catellae* (gargantillas) son cadenas que se entrelazan entre sí alrededor del cuello, a modo de cadenas; de donde son así llamadas».

23 No en vano, como material noble, su popularidad también parece explicarse por su simbología de pureza que le atribuyen los primeros cristianos, haciendo de él un uso recurrente en contextos litúrgicos, a pesar de que en otros contextos había suscitado críticas como muestra de ostentación, como vemos en la crítica de Plinio el Viejo (*Naturalis Historia*, XXXVII, 30), que lo describe sólo como de «cierta utilidad», dentro de los reproches que dedica a metales preciosos y gemas como muestra de *luxuria* y *avaritia* (LISTA, 2007, p. 254).

24 La práctica es especialmente frecuente en Aldaieta, donde encontramos caninos pertenecientes a osos y cánidos (AZKÁRATE, 1999, p. 309, 380-381 y 488; lám. 97, fig. 234; lám. 123, fig. 294; y lám. 160, fig. 379). Por lo demás, también registramos evidencias similares en el Mediodía, así en El Ruedo, en la tumba 46, en donde la pieza se encuentra sin trabajar y carece de entalle o taladro como para considerarlo con certeza un colgante, mas su presencia indicaría un uso similar, como recoge CARMONA, 1998, p. 190.



LÁMINA 99: Collar y aretes de cilindro moldurados hallados en la tumba 12000-4 del sector oriental de la necrópolis de Carthago Spartaria (Madrid Balanza y Vizcaíno Sánchez, 2008)

recurren a algún recurso ornamental adicional. Con ello, escasean las típicas cuentas polícromas que encontramos en múltiples yacimientos insertos en la *Renovatio* justiniana, tanto del mismo territorio hispánico, como del área balcánica, o italiana, donde también aparecen en las necrópolis longobardas²⁵.

La misma gama cromática es muy reducida, lejos de los vivos contrastes que, aun dados en otras áreas²⁶, parecen más propios de momentos precedentes, como dejan ver otras necrópolis del territorio peninsular²⁷.

En lo referente al material y al cromatismo, si bien existe un mayor número de cuentas de pasta vítrea, sobresale una estética ambarina. Dicha estética supone la utilización de un modesto

25 Vid. así respectivamente, RAMON, 1986, p. 13, lám. VIII.3; WERNER, 1989-1990, abb.1.5-6; y BIER-BRAUER, 1984, tav.VIII

26 Es el caso así de la Italia longobarda, donde ejemplares como los procedentes de Nocera Umbra lo ilustran, con cuentas de colores vivos ausentes en nuestro conjunto, que en aquel caso incrementan aún más su efecto por las piezas polícromas o las que presentan su superficie veteada. Vid. así el collar de la tumba 69 recogido por ROTILI, 2007, p. 292.

27 Es así el caso, por ejemplo, del ejemplar que encontramos depositado en el Museo Arqueológico y Etnológico de Granada, que se ha datado entre el 480 y el 525 (VV.AA., 2006, p. 385). De la misma forma, también se ha destacado la variedad cromática de las cuentas halladas en los enterramientos más antiguos de la necrópolis de Segóbriga que se fechan a partir de mediados del siglo IV (ABASCAL *et alii*, 2004, p. 425-426).

número de cuentas realizadas en verdadero ámbar, de tonalidad preferentemente anaranjada, pero sobre todo, de un número muy abundante de piezas manufacturadas en una resina de inferior calidad, condición que repercute en una morfología más irregular y un estado de conservación precario. Todo parece indicar, desde la similitud cromática —hoy atenuada a causa del deterioro—, hasta la misma morfología, que con el empleo de dicha resina se intenta completar y aun incluso en ocasiones suplir, la utilización del ámbar, no en vano material preciado, cuya adquisición tendría ciertas limitaciones, especialmente debido al escaso número de lechos de extracción²⁸.

A este respecto, en relación a la atracción que podían ejercer este tipo de materiales, no faltan noticias de resinas diversas con alguna influencia en la indumentaria, sea el caso del *mastix* o *granomastix*, el mástique, la resina grumosa del lentisco, cuyo color, *masticino*, como lo llama Isidoro de Sevilla, (*Etym.* XIX, 28, 8), acaba dando nombre a la prenda también denominada *masticina* (*Etym.* XIX, 22, 16)²⁹.

Las razones del triunfo de la «moda» ambarina, consistente, en cualquier caso, únicamente en collares y algún otro elemento de adorno personal³⁰ —ya no sólo llevados por las élites como ocurría anteriormente³¹—, son diversas, encontrándose entre ellas desde cuestiones terapéuticas o simbólicas, a preocupaciones estéticas, y especialmente, motivaciones culturales más profundas. Así, Plinio el Viejo ya refiere el empleo de collares en ámbar contra las enfermedades de la garganta y el pecho, en tanto material utilizado frente a fiebres y diversos males (*Naturalis Historia*, XXXVII, 44-51). Mientras, en el ámbito funerario parecen pesar también las creencias de que se trata de un material favorecedor del descanso de los difuntos³², un ejemplo más del valor mágico-religioso que se le supone ya desde antiguo, en época romana ligado especialmente a los momentos de tránsito³³.

Con todo, en determinados círculos, a pesar de lo relativamente extendido de su uso, la *sucina gemma*, como así la llama Isidoro (*Etym.*, XX, 5), es vista como símbolo de *luxuria*, a

28 Vid. a este respecto, NAVA, 2007, p. 18-22, indicando los yacimientos más importantes, de los cuales, durante la Antigüedad Clásica y Tardía, los más explotados radican en el área báltica y en Sicilia, en el valle del Simeto, cercano a Agrigento. Respecto al alto precio que alcanzaban los objetos realizados en este material no faltan testimonios, como el que nos da Plinio (*Naturalis Historia*, XXXVII, 30), recogido por LISTA, 2007, p. 254.

29 En este caso, no se trata de uno de las tan frecuentes citas clásicas del arzobispo hispalense, sino una de innovación semántica, como recoge VELÁZQUEZ, 2003, p. 367. De la misma forma, el nombre de la resina, también es una innovación léxica (VELÁZQUEZ, 2003, p. 443): «*El mástique es la resina del árbol lentisco. Ésta se denomina también granomastix porque tiene forma de grumos*» (*Etym.* XVII, 8, 7).

30 En efecto, no hay que pasar por alto que dicha «moda» aparece sólo circunscrita a los ornamentos personales, y muy especialmente a las cuentas de collar, siguiendo una trayectoria de declive en el uso del ámbar, que, tras una primera contracción entre los gobiernos de Nerón y Adriano, a partir de los primeros decenios del siglo III, había supuesto el mayoritario abandono del amplio repertorio de piezas antes manufacturadas en este material, como señala ROTILI, 2007, p. 291.

31 Uso que, por otra parte, como muestra de *luxuria* y *avaritia*, reprende Plinio. Vid. LISTA, 2007, p. 254; así como CALVI, 2005, ilustrando la floreciente actividad de Aquileia en este campo.

32 En este sentido, para un examen detallado de las fuentes clásicas que hacen referencia al ámbar, vid. MASTROCINQUE, 1991, recogido por NAVA, 2007, p. 23. Respecto al valor de este material como propiciatorio del sueño, contamos con el testimonio de Artemidoro, *Oneirocritica*, II, 5, 8, citado por LISTA, 2007, p. 256. Destaca su valor como favorecedor del descanso de los difuntos, CARMONA, 1998, p. 187-188.

33 NAVA, 2007, p. 30; y LISTA, 2007, p. 257.

evitar por parte de aquellos que quieren seguir la *virtus*, como podemos ver, por ejemplo, en el *Peristephanon* de Prudencio a finales del siglo IV³⁴.

Respecto a la tipología (fig. 114), las cuentas manufacturadas en ámbar presentan una morfología muy similar, donde priman los volúmenes esféricos o lenticulares (fig. 114,A). Más extensa es, en cambio, la tipología de cuentas de resina de calidad inferior, con una mayor variedad de los tipos ahusados y bitruncocónicos (fig. 114,B). Otro tanto ocurre con las cuentas elaboradas con pasta de vidrio, ya menos diversas que en la anterior etapa, pero también con un repertorio algo abundante, en el que sobresalen los volúmenes cilíndricos (fig. 114,C). No en vano, se trata de un material de especial éxito, ya que tiene un costo mínimo respecto a las piedras duras, pero ofrece la posibilidad de imitarlas³⁵. Entre ellas, resultan singulares los tipos esféricos gallonados (fig. 114,C.6.3), con paralelos en cementerios de cronología avanzada, como la necrópolis longobarda de Arsago Seprio, datada en la primera mitad del siglo VII³⁶. Lo cierto es que este tipo de cuenta con sección de flor es uno de los más extendidos, y así, sin obviar las diferencias en los volúmenes, dimensiones, o gallones, lo encontramos en gran cantidad de yacimientos (Romans d'Isonzo, San Michele (Cotominello), Pinguento o Palazzo Caldesi en Faenza), continuando la amplia difusión que ya registra desde un momento precedente³⁷. En cualquier caso, insistimos, se trata de un tipo tradicional, que forma parte también de collares vándalos o alamanes³⁸.

También entre las cuentas de pasta vítrea más significativas, podemos mencionar el volumen discoidal en el que se distingue un pequeño resalte circular, a modo de glóbulo (fig. 114,C.6.4), que remite a uno de los tipos más característicos, por más que tampoco excesivamente extendidos. En efecto, este tipo de cuenta aparece en necrópolis datadas entre finales del siglo VI y primer cuarto del siglo VII, como las de Schretzheim, Castel Trosino o Palazzo Caldesi, en Faenza, en este último caso con una cronología que abarca hasta mediados de la séptima centuria, momento en el que el tipo debió hacerse más popular, como prueba también su presencia en el castro bizantino de San Antonino de Perti³⁹. Los últimos lugares citados nos dejan ver, además, como este tipo de decoración, de diferente resalte, se aplica especialmente sobre volúmenes discoidales, aunque también son susceptibles de recibirla los cilíndricos o esféricos.

Por cuanto sabemos, se trata de un tipo de difusión limitada en la geografía hispana, en donde, no obstante, no faltan tampoco variedades de éste, como aquel manufacturado en bronce, que encontramos en necrópolis tardías del tipo de la almeriense de Las Hortichuelas (Níjar),

34 Así, el autor (III, 22), señala que la mártir Eulalia «*despreciaba el ámbar, deploraba las rosas, desechaba los collares de oro*» (trad. de L. Rivero García).

35 STIAFFINI, 1985, p. 667-688, citando el trabajo de FAMÀ, 1985, p. 232-233.

36 En concreto, nos referimos a la pieza hallada en el interior de la sepultura número 3. Vid. DE MARCHI; MARIOTTI; y MIAZZO, 2004, p. 132-133, tav.1.C, fig. 20, quienes señalan paralelos en Castel Trosino y San Antonino di Perti, para las menciones cuentas cilíndricas de decoración aplicada.

37 DEGRASSI, 1989, p. 77-80, tav.XX-XXII; ORSI, 1942, p. 128, fig. 58; TORCELLAN, 1986, tipo b.5, 55; y GUARNIERI, 2003, p. 726-729, fig. 7.

38 Es el caso así, por ejemplo, del collar perteneciente al denominado «Tesoro» de Hipona en el Museo Británico, recogido por BEN ABED y DUVAL, 2000, fig. 14. En cuanto a su presencia en ámbito alemán, SCHMITT, 2005, taf.63 y 98.

39 Vid. a este respecto, el estudio de GUARNIERI, 2003, p. 726. Respecto al castro ligur, FALCETTI, 2001c, p. 519-520, tav.71.21-22. Por lo demás, es significativa la presencia del tipo y sus variantes en un marco geográfico y cultural dispar, de tal forma que junto a su documentación en ambientes longobardos o bizantinos, tampoco es rara en yacimientos alamanes, entre otros (SCHMITT, 2005, taf.10, 55, 78, 82 y 94).

siguiendo una amplia moda que recurre a estas protuberancias, también registrada en necrópolis como la de Duratón⁴⁰.

Así las cosas, *Spania*, por ahora, ofrece un repertorio de collares menos diverso que el de otros territorios. Faltan así aquí, los típicos amuletos, relicarios y toda una serie de elementos para llevar suspendidos, que nos informan acerca de la religiosidad y creencias populares⁴¹. En nuestro caso, tan sólo podemos referir una pieza de bronce mallorquina, procedente de S'Illot, que se ha datado en el siglo VI. De escasas dimensiones (2,25 cm), se trata de una pieza circular cuyo contorno queda marcado a través de una orla perlada perimetral, sólo interrumpida en un lado. Dicho marco alberga en su interior un busto frontal muy esquemático, en gran parte también resuelto a través de ese perlado, similar a la representación de la efigie justiniana en las monedas, o a las imágenes de dípticos como el de Aerobindo o Anastasio, existiendo otros paralelos⁴².

Tampoco encontramos los tipos de collar formados por eslabones, bien cadenas o formas decorativas más trabajadas, como las que, con forma circular o de roseta e interior calado, caracterizan los talleres italianos. Otro tanto podemos decir respecto a las piezas en oro, trabajadas mediante filigrana y granulado, con toda una serie de motivos calados⁴³.

Al igual que ocurre con los collares, tampoco son muchos los tipos de pendiente documentados en *Spania* (fig. 115). Entre ellos, cuatro son los predominantes: los aretes simples, los que presentan un extremo rematado por una forma geométrica, o por un cilindro moldurado, así como aquellos otros que cuentan con forma de ocho. En este sentido, se trata de piezas que en época tardoantigua eran llevadas prácticamente sólo por mujeres, si bien alguna condena por parte de la patrística, como ocurre a mediados del siglo V con San Agustín (*Epistulae*, CCXLV, 2), deja ver alguna excepción, quizá sólo circunscrita, en cualquier caso, a determinados ámbitos culturales, como hace pensar una cita de San Isidoro (*Etym.*, XIX, 31, 10)⁴⁴.

De un modo u otro, lo cierto es que tampoco los *inaures* se juzgan adecuados para la mujer cristiana, si bien ello no es óbice para que sigan siendo considerados como un elemento preciado, indicativo de *status*, convirtiéndose así en el tipo de *ornamenta* más difundido y tipológicamente articulado⁴⁵.

Por cuanto se refiere a los pendientes que terminan en una forma geométrica (fig. 115,B), que encontramos elaborados en bronce, plata o plomo, es muy frecuente que ésta última vaya decorada con pequeños círculos troquelados o cuadrados que apoyan sobre sus vértices. La circulación de este tipo parece retrotraerse al período comprendido entre los años 480/490-525, etapa en la que se documentan junto con los pendientes de extremo moldurado. Con todo, es frecuente su aparición en necrópolis de los siglos VI y VII, momento este último, en el que este tipo de arete va abandonándose para ser sustituido por ejemplares adornados con elementos bronceos, que perduran hasta el siglo VIII. Igualmente, también son propios de otros ambientes. Así, resultan muy característicos en Italia durante los siglos V-VI, llevados tanto por la población romana,

40 Respectivamente, RAMOS y CARRILERO, 2001, fig. 4; y MOLINERO, 1971.

41 RUSSELL, 1982, fig. 4.42-46; y RICCI y LUCCHERINI, 2001, cat.II.4.437, p. 357 y II.4.447, p. 459.

42 ULBERT, 1969, p. 317-322.

43 Vid. así RICCI y LUCCHERINI, 2001, cat. II.4.440-446, p. 357-358; y SARAGÁ, 2003, n° 109, p. 135.

44 BALDINI, 1999, p. 66. Para los elementos de adorno de la Cartagena bizantina, vid. VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2007-2008.

45 BALDINI, 1999, p. 66-67.

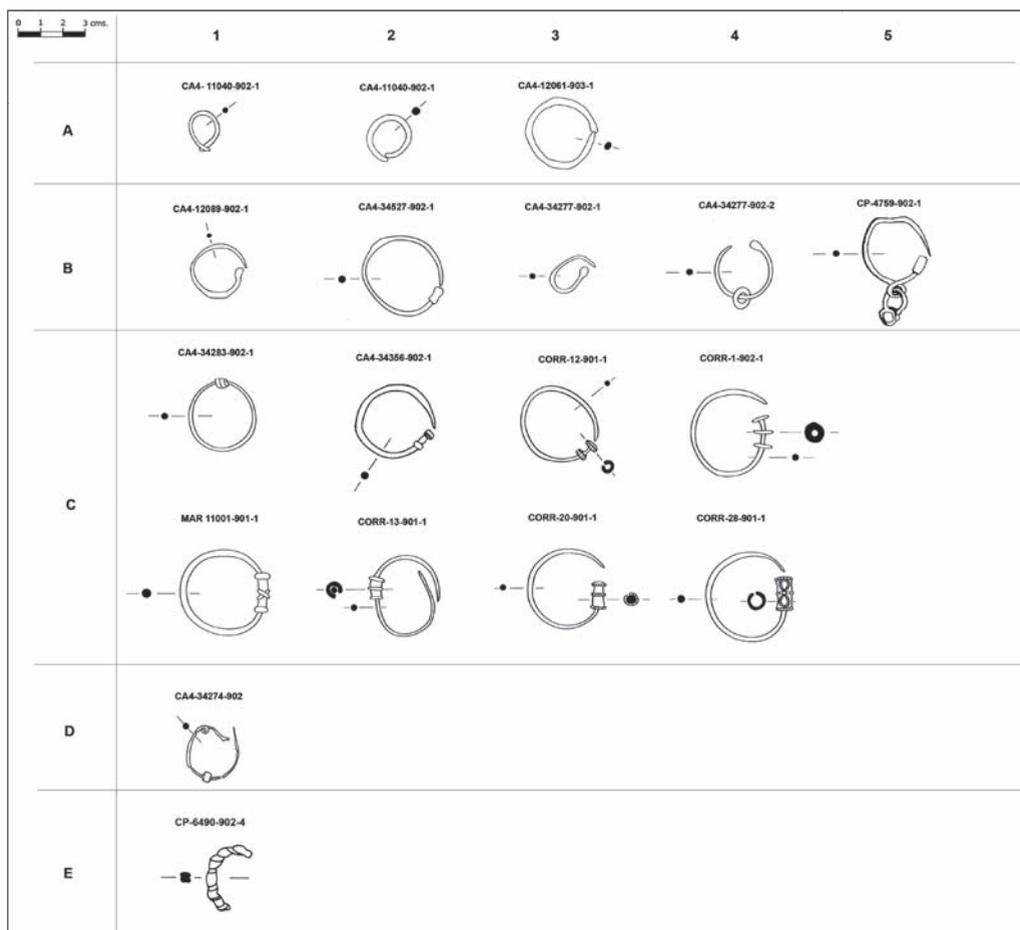


FIGURA 115: Tipos de arete documentados en Carthago Spartaria (siglos V-VII d.C.) (Vizcaíno Sánchez, 2008c). Dibujos: Soledad Pérez Cuadrado.

como por la ostrogoda. Aquí, el criterio de evolución se establece en el tamaño del poliedro, de tal forma que aquellos de menores dimensiones parecen ser los más tardíos, ya en una fase final de la producción. También encontramos variantes de este tipo, caracterizadas por la sustitución del poliedro por un pequeño glóbulo⁴⁶.

En el caso de los pendientes de extremo regruesado en forma de cilindro (fig. 115.C), cuentan igualmente con amplia difusión. Éstos pueden tener diversos subtipos, ya con el cilindro macizo, ya sustituido por un número no fijo de molduras, que suele oscilar entre dos y tres. Aunque se datan preferentemente entre el 480/490 y el 525⁴⁷, cada vez parece más claro la continuidad

⁴⁶ Vid. así, para todo ello, RIPOLL LÓPEZ, 1998, fig. 1, p. 49; LÓPEZ REQUENA y BARROSO, 1994, p. 58-59; RICCI y LUCCHERINI, 2001, p. 354, cat.II.4.404; y WALDBAUM, 1983, plate 46.743.

⁴⁷ Así, se han datado en el denominado nivel II de la toreútica, como recoge RIPOLL LÓPEZ, 1998, fig. 1, p. 49.

de su uso durante la segunda mitad del siglo VI y centuria siguiente, si tenemos en cuenta los ejemplares recuperados en necrópolis como la de Alameda de Menchoro, *Carthago Spartaria*, Camino de El Monastil o L'Almoína⁴⁸.

Igualmente abundantes son los pendientes en forma de ocho (fig. 115,B.5), si bien los datos procedentes del Sureste, de puntos como Cartagena o Los Villares, parecen indicar una circulación preferente en el período anterior al desembarco bizantino⁴⁹.

Por lo demás, hay toda otra serie de piezas que, aun no destacando para el caso hispano, son propias de los ambientes protobizantinos. Entre ellas, ocupa un lugar especial el tipo de cestilla o «körbchenform», en buena parte salido de talleres itálicos a partir de finales del siglo VI⁵⁰. En nuestro territorio, casi todos los ejemplares se concentran en la zona visigoda, sea el caso de los de Huete, Museo Provincial de Cáceres, o La Guardia (Jaén)⁵¹. Con todo, no falta un par de pendientes de este tipo hallados en algún punto de la provincia malagueña, realizados en oro, y similares a los citados, salvo en el hecho de carecer de una de esas pequeñas circunferencias que se adosan a la cestilla, así como de presentar un cierre diverso⁵². Dado que no conocemos su contexto, cualquier comentario no deja de ser mera hipótesis, si bien la cronología del tipo lleva a pensar que su registro se de una vez expulsados los *milites romani*.

Llegados a este punto, si atendemos al comportamiento individualizado en la necrópolis cartagenera, en nuestro ámbito los restantes elementos de adorno parecen ser más escasos que en momentos anteriores. Así, si bien no desaparecen, anillos, brazaletes o alfileres, ya no resultan tan característicos.

Por cuanto se refiere a los primeros, están ausentes en el sector cementerial datado en época bizantina, mas no así en el barrio instalado sobre el teatro, donde se han podido recuperar dos de estas piezas, una de ellas un entalle, y otro un sencillo ejemplar de bronce (fig. 116). Respecto al primero, es fruto de la reutilización, como de hecho es tan frecuente para este tipo de objetos⁵³. En este sentido, a pesar de que hasta fechas muy avanzadas la producción glíptica sigue su curso⁵⁴, en la orfebrería tardoantigua la reutilización de gemas clásicas se encuentra bastante difundida, y no tan sólo por motivos económicos, sino también ideológicos, existiendo una preferencia por las gemas antiguas en tanto ligadas a la época en la cual habían vivido los mártires, motivación que explica así la presencia de entalles de iconografía pagana en medios eclesiásticos⁵⁵. En el

48 GUTIÉRREZ MÉNDEZ y LARA GONZÁLEZ, 1990, fig. 6.2; SEGURA y TORDERA, 1999b, p. 547, fig. 1.25; y ALBIACH *et alii*, 2000, fig. 22, n° inv. 8ALM-UA-19-10357.

49 VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2008c, p. 40-41; y GARCÍA BLÁNQUEZ y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2008a.

50 Dada la afinidad con alguno de los materiales producidos en la *Crypta*, se ha señalado que Roma pudo ser uno de los lugares de su fabricación, *vid.* así, RICCI y LUCCHERINI, 2001, p. 355-356, II.4.418-420. Igualmente, para el conjunto de Italia, POSSENTI, 1994.

51 BARROSO CABRERA, 1990, p. 87-90.

52 GIMÉNEZ REYNA, 1964, p. 126, n° 489, lám. VIII C.

53 CASAL, 1990, p. 45.

54 De ello da testimonio el registro de modelos cristianos, que no sólo conllevan una precisa elección iconográfica, sino a veces también, una determinada morfología, sea así el caso de las gemas trabajadas además para poder contener una pequeña reliquia (RICCI, 2001e, II.4.1048, p. 426-427). En cuanto a los temas concretos de esta glíptica cristiana son variados, encontrando desde los pasajes bíblicos a la iconografía simbólica, que recurre a tipos como el cordero pascual, como podemos ver en colecciones alemanas (VV.AA., 1975, n° 85-89, p. 391-393).

55 Lo vemos así en *Crypta Balbi* (RICCI, 2001b, p. 339). La práctica de reutilización también se advierte en San Antonino di Perti (MURIALDO y FRONDONI, 2001, p. 509-510, recogiendo dos gemas).

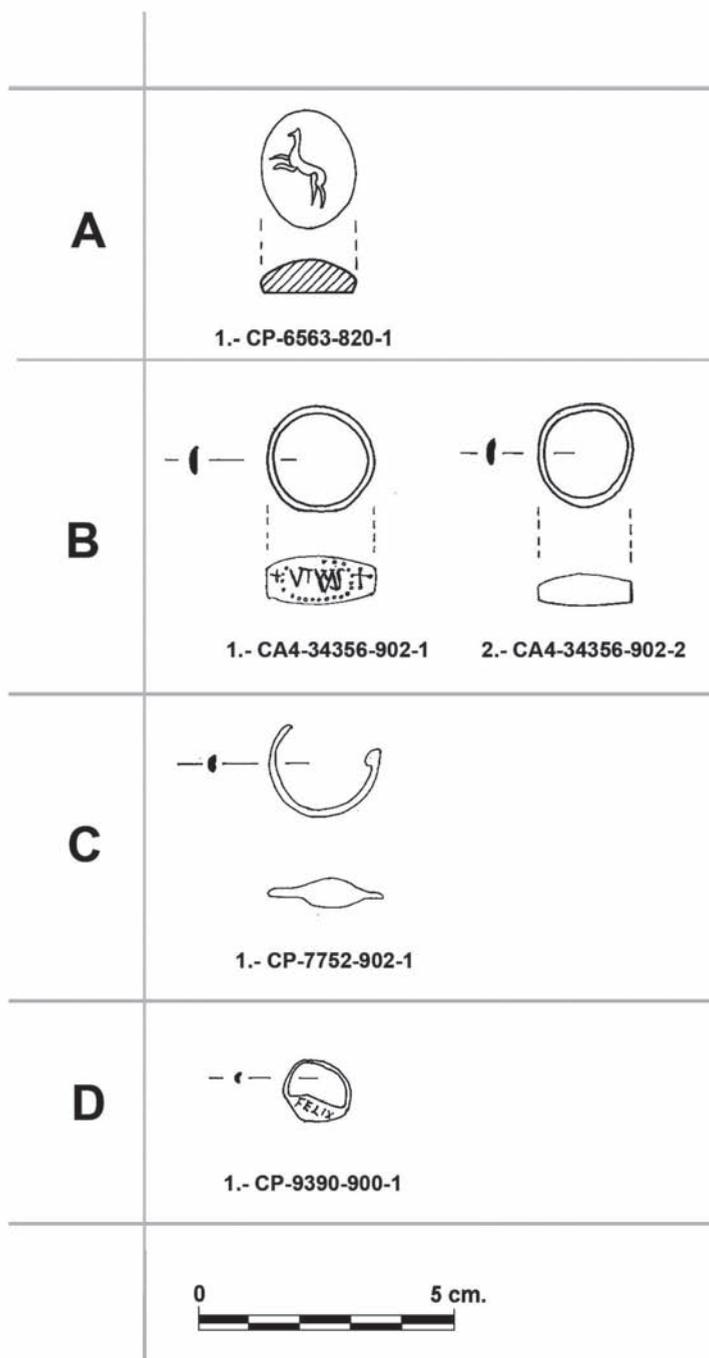


FIGURA 116: Tipos de anillo documentados en Carthago Spartaria (siglos V-VII d.C.) (Vizcaíno Sánchez, 2007-2008). Dibujos: Soledad Pérez Cuadrado.

caso hispano, al ejemplar cartagenero podríamos unir el de la necrópolis malagueña de Eras de Peñarubia, realizado en el característico estilo republicano de burbujas⁵⁶.

La pieza del barrio de época bizantina se encuentra elaborada en una gema negra opaca, que se ha interpretado como azabache. A este respecto, si bien los materiales utilizados dependen de los gustos de los comitentes, variados en función de motivos culturales, preferencias de los artífices o conexiones con redes comerciales, parece ser que este tipo de gemas opacas, y de forma particular, el jaspe, es sobre todo habitual a partir del siglo II⁵⁷. De forma concreta, el azabache (*gagates*), como nos cuenta San Isidoro, que lo incluye dentro de su apartado *De lapidibus insignioribus*, es una piedra apreciada, no ya solo por su estética, sino también por las propiedades que se le presumen, como el alejamiento de serpientes, la delación de endemoniados o la certificación de la virginidad (*Etym.*, XVI, 3-4). Sea por estas u otras razones, es un material frecuentemente empleado para los adornos personales de época tardía, no faltando anillos o cuentas de collar⁵⁸.

El arzobispo hispalense se ocupa de forma especial de este tipo de piedras preciosas y nos cuenta su frecuente utilización como entalles, señalando que, de hecho, serían estos los primeros anillos utilizados (*Etym.*, XVI, 6, 1), en época romana sólo portados por los hombres principales (*Etym.*, XIX, 32, 3). Nuestro anillo, sería similar al *ungulus* citado por él, «anillo con gema engarzada», cuyo «nombre le viene de que la gema aparece incrustada en el oro del anillo del mismo modo que la uña (*ungula*) lo está en la carne» (*Etym.*, XIX, 32, 5).

En cuanto al segundo anillo cartagenero, fue hallado en el nivel de abandono de la habitación nº 41. Se trata de un ejemplar realizado en bronce, contando con aro filiforme de sección ligeramente lenticular, así como ensanchamiento oval y plano en la cara frontal, a modo de chatón. Su estado de deterioro impide precisar si en este campo central ostentó algún tipo de decoración, si bien la sencillez elemental de la pieza y sus escasas dimensiones parecen sugerir que ésta hubo de encontrarse ausente. No en vano, dicha sobriedad es recurrente en este tipo de anillos, que también podemos documentar en otros yacimientos protobizantinos durante los siglos VI-VII, como es el caso de *Sardis*, San Antonino di Perti o *Crypta Balbi*⁵⁹.

En ausencia de otros rasgos, y especialmente de decoración alguna en el ensanchamiento frontal, se trata de un tipo empleado durante un período dilatado, de tal forma que, ampliamente presente en yacimientos de data similar a la de nuestro contexto protobizantino, no falta tampoco en la etapa precedente⁶⁰.

56 LÓPEZ DE LA ORDEN, 1990, nº 164, p. 161. Los yacimientos, como decimos, son numerosos, y entre los más destacados podemos señalar algunos otros como Segóbriga (CEBRIÁN, 2006, nº 7), o *Termes* (GUTIÉRREZ DOHIJO, 2007, fig. 3. 93/3/172).

57 SENA CHIESA, 1966.

58 RIPOLL, 2001, nº 288-289, p. 227-228.

59 Respectivamente, DE VINGO y FOSSATI, 2001c, p. 505-506, tav.69.10; WALDBAUM, 1983, pl.48.826-827; y RICCI y LUCCHERINI, 2001, II.4.529-533, p. 366-367, quienes lo incluyen en la tipología de «anelli digitali con verga a sezione semicircolare espansa a formare il castone». Por lo demás, en esta área incluida en la *Renovatio Imperii*, los ejemplares son muy numerosos, documentándose en casi todas las necrópolis, del tipo de la italiana de Cropani (AISA, CORRADO y DE VINGO, 2003, tav. II.4).

60 RIPOLL, 1985, fig. 65, p. 165-166; y MOLINERO, 1971, lám. III. fig. 2, recogiendo para la primera necrópolis segoviana uno hallado junto a un pasador del tipo IIDi, en un yacimiento en donde, por lo demás, este tipo de anillo es frecuente (MOLINERO, 1971, lám. XXV.3-5). Respecto a la otra necrópolis segoviana, MOLINERO, 1971, lám. LXVIII, fig. II.

Para Cartagena existe aun un tercer ejemplar, hallado descontextualizado, pero quizá datado en esta etapa, que contaba con chatón epigráfico con la leyenda *felix*⁶¹.

También debemos destacar sendas piezas procedentes del yacimiento ibicenco de S'Hort d'es Palmer, una de ellas realizada en cornalina⁶².

No faltan, por lo demás, ejemplares más elaborados en donde se emplean algunas de las técnicas de la orfebrería de estos momentos. Así, son especialmente significativas las piezas que presentan celdillas en repujado, técnica tomada de modelos bizantinos y traducida con distintas soluciones en función de la maestría de los talleres de los diversos territorios. En el caso de la Península Ibérica, destaca el ejemplar conquense de Huete, realizado en oro, pedrería y perlas, con la misma técnica de piedras engastadas en cabujones que encontramos en otros objetos como la cruz colgante del tesoro jiennense de Torredonjimeno⁶³. Anillos parecidos en el trabajo y estilo de la cinta son abundantes. Contamos así con un anillo relicario bizantino del Museo de Córdoba, con una cronología comprendida entre los siglos V-VI,⁶⁴ o igualmente con una sortija decorada con una piedra verde procedente de Puente Genil⁶⁵. En ambos casos se pueden encontrar paralelos en el mundo bizantino. En cuanto al chatón, volvemos a encontrar piezas análogas en la orfebrería bárbara de influencia bizantina⁶⁶.

De forma genérica, sabemos que, si en un principio el uso de los anillos estaba restringido⁶⁷, posteriormente se popularizó, si bien siempre con ciertos reparos morales, ya desde antiguo, como recoge Isidoro⁶⁸, siendo objeto de comentarios por los escritores cristianos que denunciaban abusos al respecto. En cualquier caso, el *anulus* también ocupa un lugar en el ceremonial cristiano, en momentos como el matrimonio (*De Eccl. Off.*, II, 20). El uso cristiano, por lo demás, no destierra tampoco del todo las creencias paganas, de las que nuestros anillos eran vehículos privilegiados⁶⁹ y frente a las que se alerta tanto desde época temprana en lo referente

61 VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2005b.

62 Con todo, desconocemos si las mismas fueron documentadas en la necrópolis de la zona, de época bajoimperial pero con continuación durante el período bizantino, o en el edificio también presente, perteneciente a la última de estas fases. *Vid.* así, RAMÓN, 1986, p. 9, lám. III,1 y 3. Por lo demás, los anillos aparecen con frecuencia entre el ajuar personal de los enterramientos ibicencos, como dejan ver también las sendas piezas procedentes de un enterramiento de Sa Blanca Dona, una de ellas portando inscripción en el chatón y otra un pájaro indeterminado, *vid.* RAMÓN, 1986, p. 13 y lám. VIII.4-5.

63 Sobre el ejemplar de Huete, *vid.* BARROSO CABRERA, 1990, fig. 1, p. 85-87; sobre la cruz jiennense, PALOL, 1968, p. 24 y fig. 121-122.

64 SANTOS GENER, 1944, p. 89-92.

65 VÁZQUEZ DE PARGA, 1954, p. 46-47.

66 BARROSO CABRERA, 1990, fig. 1, p. 85-87.

67 «Entre los romanos, los anillos se concedían a expensas del Estado, pero no de una forma indiscriminada. En efecto, de acuerdo con su dignidad, a los hombres principales se les entregaban anillos con gemas engarzadas; a las demás personas, anillos macizos» (Isid., *Etym.*, XIX, 32, 3, Ed. J. Oroz y M.A. Marcos, 2004)

68 «Entre los antiguos era infamante para un hombre ostentar más de un anillo. Dice Graco en su acusación contra Mevio: «Fijaos en su mano izquierda, quirites; he ahí la autoridad que seguís, un hombre que, por pasión hacia las mujeres, como una mujer aparece engalanado». (...) «Hubo también muchos romanos que se abstuvieron, por dignidad, de llevar un anillo en el dedo. Las mujeres no usaron anillos más que cuando el prometido lo había regalado a la novia; tampoco acostumbraban a ostentar en sus dedos más de dos anillos de oro. Hoy, en cambio, no hay mujer alguna que se prive de llevar todos sus dedos adornados y cubiertos de anillos de oro». (Isid., *Etym.*, XIX, 32, 4, Ed. J. Oroz y M.A. Marcos, 2004)

69 En este sentido, en ocasiones, la iconografía esconde todo un trasfondo ideológico, resumen de concepciones filosóficas varias, como señala la profesora E. Conde a propósito de un entalle minuciosamente descrito por Heliodoro en el siglo III (CONDE, 1986, p. 176-181).

a la iconografía, como vemos en Clemente de Alejandría. Así, aún en pleno siglo VI tenemos algunas muestras de supercherías, extendidas incluso en el campo de la práctica médica, como ocurre con la creencia del valor taumatúrgico de los anillos que en su chatón portan el signo «N», considerado útil para curar los cólicos⁷⁰.

Por cuanto se refiere a brazaletes y pulseras, tampoco se documentan en el sector datado en época bizantina de la necrópolis de *Carthago Spartaria*, a pesar de que con anterioridad eran frecuentes. No obstante, no escasean en época bizantina, tanto en contextos occidentales como *Crypta Balbi*⁷¹, como igualmente orientales, del tipo de *Sardis*⁷². Entre los hallazgos hispanos hay que destacar los ibicencos del Carrer d'Aragó n°33, o Sa Blanca Dona⁷³.

También disminuye de forma ostensible el registro de *acus*, que antes abundaban sobre todo con el tipo de remate mediante cabujón cristalino. De forma especial, junto a otros elementos como las *discriminalia*, cumplen una función de aderezo y sujeción del cabello⁷⁴, que recibía distintos adornos, como nos cuenta Isidoro dentro de sus Etimologías, en el apartado *De ornamentis capitis feminarum*. El obispo hispalense cita algunos de estos tocados, que van desde el *capitulum* o *cappa* y el *reticulum*, a la *mitra* o *ricula*, estas últimas consideradas propias de mujeres devotas y vírgenes, pese a que las fuentes antiguas indiquen que la primera era a veces distintivo de las meretrices⁷⁵.

A este respecto sabemos que las mujeres casadas llevaban normalmente cubierto el cabello mediante velo o cofia⁷⁶. De forma concreta, se les impone el velo («*mavorte*»), con lo que «*se les dice nuptas porque velan sus rostros*», como relata Isidoro, «*para darles a entender que deben estar siempre sometidas humildemente a sus maridos*» y «*para que se den cuenta del rubor femenino, y por consecuencia tengan motivo para ruborizarse*» (*De Eccl. Off.*, II, 20).

16.2. ELEMENTOS DE INDUMENTARIA

En el caso hispano, los elementos más documentados son los broches de cinturón, seguidos de lejos por las fíbulas, que en los contextos de los siglos VI-VII se localizan en muy escaso número. Así, por cuanto se refiere a estas últimas, en *Spania* apenas podemos destacar más que el ejemplar de arco o charnela hallado en el interior de un vertedero del barrio de época bizantina de Cartagena⁷⁷. Por otra parte, pese a que la documentación iconográfica prueba la continuidad del tipo de fíbula cruciforme, como vemos en el caso del mosaico de Justiniano en San Vital, en *Spania* las piezas registradas se datan en momentos previos⁷⁸. Sí encontramos un significativo

70 Así lo encontramos en el afamado médico Alejandro de Tralles, como recoge BALDINI, 1999, p. 187-188.

71 RICCI y LUCCHERINI, 2001, p. 364-365, II.4.506-513.

72 WALDBAUM, 1983, plate 47.800-808.

73 RAMÓN, 1986, p. 7, lám. I.1 y p. 13, lám. VIII.

74 Isid., *Ety.*, XIX, 31, 9, «*Con las agujas se mantiene el moño en el peinado de las mujeres para que no cuelguen sueltos y aparezcan alborotados los cabellos*» (Ed. J. Oroz y M.A. Marcos, 2004).

75 Isid., *Ety.*, XIX, 31, 3-7. Pese al afán anticuarista de Isidoro, hay diversos indicios acerca de la actualidad de tales términos y las prendas a las que se refieren, como es el hecho de que vocablos como *cappa* no aparecen documentados hasta el obispo hispalense, momento a partir del cual experimenta una continuidad léxica en diferentes lenguas romances (VELÁZQUEZ, 2003, p. 363-365)

76 RICCI, 2001a, p. 81.

77 VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2007, p. 22-26.

78 Ocurre así con los ejemplares de *Septem* (VILLAVERDE VEGA, 2001, lám. IV, PT-32), *Ilici* (Tendero Porras y LARA VIVES, 2004b, p. 237-238), o *Carthago Spartaria* (VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2008c, p. 45-50), de datación bajoimperial.



LÁMINA 100: *Fíbula de Turuñuelo* (VVAA., 2003b)

ejemplar bizantino en la zona visigoda. Se trata de la fíbula circular de oro descubierta en una sepultura femenina de la necrópolis de El Turuñuelo, cerca de Medellín (lám. 100). Realizada en doble lámina de oro, y presentando el tema de la epifanía repujado, se ha datado a fines del siglo VI, considerándose de producción siriopalestina. En este sentido, la misma oración expresada en la joya, recuerda a las invocaciones de peregrinos que caracterizan a los objetos producidos y comercializados en dicha área, si no hemos de tenerla como amuleto contra las enfermedades de la matriz. Sea cual sea su verdadera función, lo que está claro es su evidente relación con los ambientes artísticos bizantinos⁷⁹.

⁷⁹ Vid. así para los distintos aspectos, SCHLUNK y HAUSCHILD, 1978, tafel 49 a, p. 156-157; CORTÉS ARRESE, 2001, p. 374; BRAVO GARCÍA, 2002, p. 133, n. 39; y BALMASEDA MUNCHARAZ, 2003, n° 74, p. 114-115.

Para los broches de cinturón, en cambio, el panorama es completamente diverso, tanto en la zona visigoda como en la imperial⁸⁰. Por cuanto aquí nos interesa, los ejemplares de época bizantina se incluyen en tres de los niveles individualizados para la toreútica peninsular: el tramo final del nivel III (*circa* 525-560/580), el nivel IV (560/80-600/40), y la parte inicial del nivel V (600/40-710/20). A lo largo de éstos se importan algunos tipos bizantinos y, dentro de la denominada moda latinomediterránea, también dichos tipos ejercen una influencia más amplia, dando lugar a otras piezas de imitación⁸¹.

A la hora de definir un comportamiento específico para el área bizantina, vuelve a ser evidente que antes de buscar ítems materiales exclusivos, es necesario atender a los factores de frecuencia e intensidad, condicionados por la diversa realidad política, y modulados por otros aspectos como el emplazamiento, acceso al comercio mediterráneo, etc. En cualquier caso, la actualización del censo de piezas, incorporando lotes que permanecen inéditos, habrá de refrendar las pautas que hoy se intuyen⁸².

En *Spania* los tipos más tempranos son los broches de placa rígida (560/80-600/40), que circulan ampliamente por el territorio visigodo (fig. 117). En el caso de las posesiones imperiales, su registro es abundante en todas las zonas, especialmente en la andaluza, donde lo hallamos tanto en el entorno del foco malacitano (San Pedro de Alcántara, El Juncal, y Villanueva del Rosario), o el *fretum gaditanum* (Mesas de Algar, Sanlucarejo, Haza de la Torre y *Carteia*), como en otros lugares menos conectados a la provincia bizantina, como Huelva, Sevilla, o el interior de Granada⁸³.

Otro tanto vemos en el Sureste, donde destaca el foco de Cartagena (fig. 118). Así, en la ciudad encontramos tres ejemplares de tipo sencillo, hallados tanto en la necrópolis tardía, como en el barrio de época bizantina, en sendos niveles de habitación (CP 6418-902-1) y destrucción (CP 6023-904-4) (lám. 101), respectivamente⁸⁴. En su entorno más cercano, en el Cabezo Rajao de La Unión, también se localizó un bello ejemplar decorado con círculos troquelados, que contaba con placa calada mediante arcos de herradura⁸⁵. El tipo se halla igualmente en otra zona vinculada a la ocupación imperial, Lorca, con una pieza calada mediante registros arriñonados.

80 Para la primera, *vid.* un pequeño resumen de la evolución registrada en ARIAS SÁNCHEZ y NOVOA PORTELA, 1996, p. 71-72. En el caso de la segunda, *vid.* entre otros, CSALLÁNY, 1954, p. 311-348 y 1956, p. 261-291 (en ruso, resumen francés); WERNER, 1955, p. 136-48; o ya más recientemente, RIEMER, 1995, p. 777-809. De forma especial, el estudio de estas piezas en España ha registrado importantes avances de la mano de G. RIPOLL (1998).

81 RIPOLL, 1998, p. 188-192.

82 Entre dichos lotes habría que incluir uno menorquín, con más de una decena de ejemplares, mencionado por G. RIPOLL (1998, p. 180, n. 351 y p. 188, n. 387). Por otra parte, también en Mallorca, P. DE PALOL (1994, p. 22) cita el hallazgo de un broche de cinturón «tipo Sicilia» en el interior de un enterramiento practicado en la basílica de Son Peretó, que no hemos tenido ocasión de ver, ni hemos visto citado en otro trabajo.

83 Remitimos a RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 69-106, donde se recoge la bibliografía de los distintos hallazgos. Entre ellos, hay que destacar los de Sanlucarejo o *Carteia*, con una decoración mixta de motivos zoomorfos y fitomorfos, en la línea de la que aparecerá en los broches liriformes, que se datan a partir de finales del siglo VI y a lo largo de toda la centuria siguiente. Del mismo modo, también el ejemplar de Haza de la Torre, en Jerez de la Frontera, se cuenta entre los tipos decorados. En el caso de El Juncal, por otra parte, encontramos un ejemplar de placa calada (RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 92-93).

84 *Vid.* así, MADRID BALANZA y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2007, p. 45-47; VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2007, p. 16-19; e *Idem*, 2003-2004.

85 ZEISS, 1934, lám. 14, n° 4; y RAMALLO ASENSIO, 1986, p. 149-150.

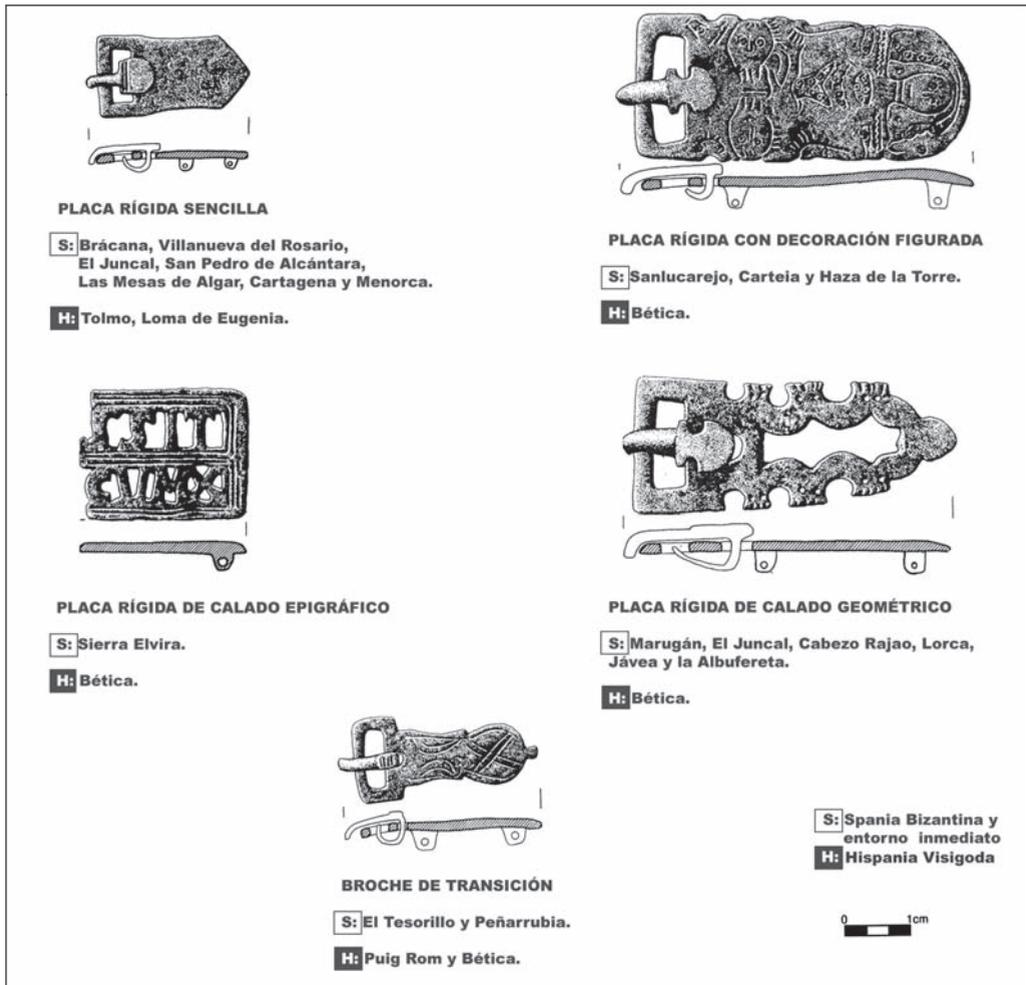


FIGURA 117: *Tipos de broche de cinturón de placa rígida documentados en el Mediodía hispano (a partir de Ripoll, 1998)*

Del mismo modo, la difusión parece activa por la costa levantina, como prueban los sendos ejemplares calados de La Albufereta y Jávea⁸⁶.

En cambio, los broches de placa rígida escasean en las comarcas septentrionales del Sureste, que previsiblemente escaparon al dominio de los *milites*, y cuya reactivación, como hemos tenido ocasión de ver, parece producirse precisamente en la última etapa del conflicto que el reino visigodo mantiene con éstos. Así, frente a la relativa abundancia en la franja costera, únicamente

⁸⁶ En el caso del primero, *vid.* REYNOLDS, 1993, p. 48-49, fig. 35. Respecto al segundo, procedente de la localidad de El Muntanyar, se conservaba inicialmente en la Colección Couanès Cholvi, para ser depositado con posterioridad en el Museo Provincial de Alicante (RAMALLO ASENSIO, 1986, p. 150).

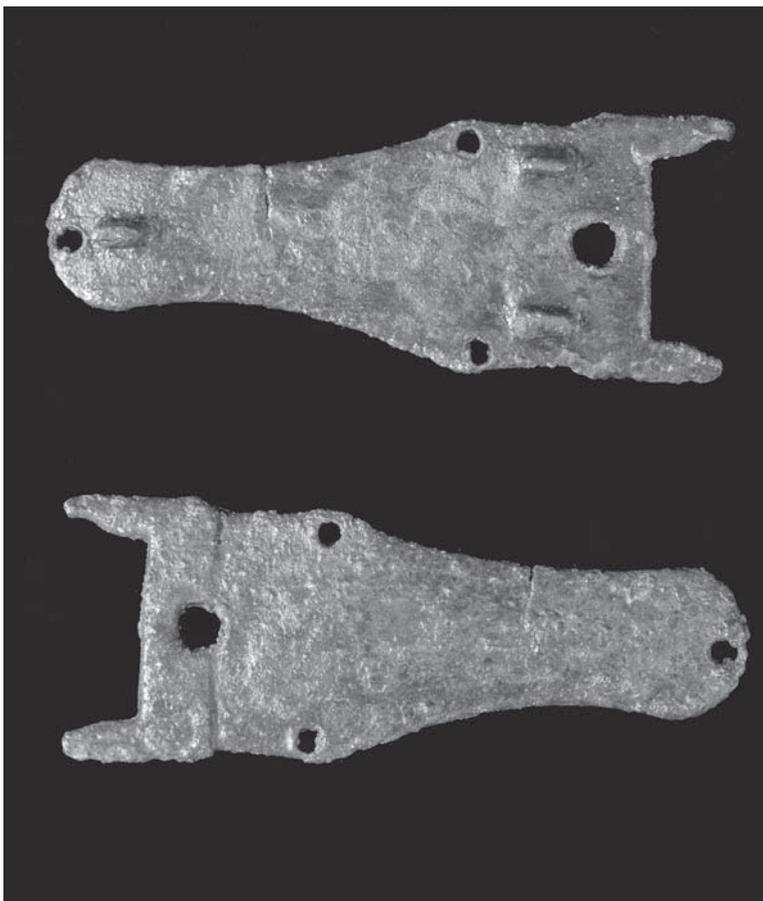


LÁMINA 101: Broche de cinturón de placa rígida sencilla hallado en el nivel de destrucción de la estancia nº 30 del barrio de época bizantina instalado sobre el teatro romano de Cartagena (VVAA., 2005)

aparecen de forma modesta en lugares como Loma de Eugenia, o el Tolmo de Minateda, donde se localiza un ejemplar en una tumba al exterior de la basílica, que, por otra parte, datado entre los siglos VII y VIII, obligaría a contemplar un período de circulación más dilatado para este tipo de piezas⁸⁷.

El tipo no falta, por lo demás, en el otro baluarte imperial, las Baleares⁸⁸.

87 GAMO PARRAS, 2002, p. 301 y 304-305, nº 1. Se trata de un ejemplar de hebilla ovalada y placa rígida estructurada en tres cuerpos, a saber, parte proximal ovalada, núcleo central estrecho y de perfiles rectos, así como extremo distal semicircular, morfología muy similar a la de otros broches de procedencia bética (RIPOLL LÓPEZ, 1998, nº 19, p. 283, fig. 6.19, lám. V, 19). Respecto a la pieza del otro yacimiento albaceteño, está decorada en sus perfiles por círculos troquelados (GAMO PARRAS, 1998, p. 162).

88 Es el caso así del ejemplar procedente de la isla de Menorca (RIPOLL, 1998, p. 59, nota 80).

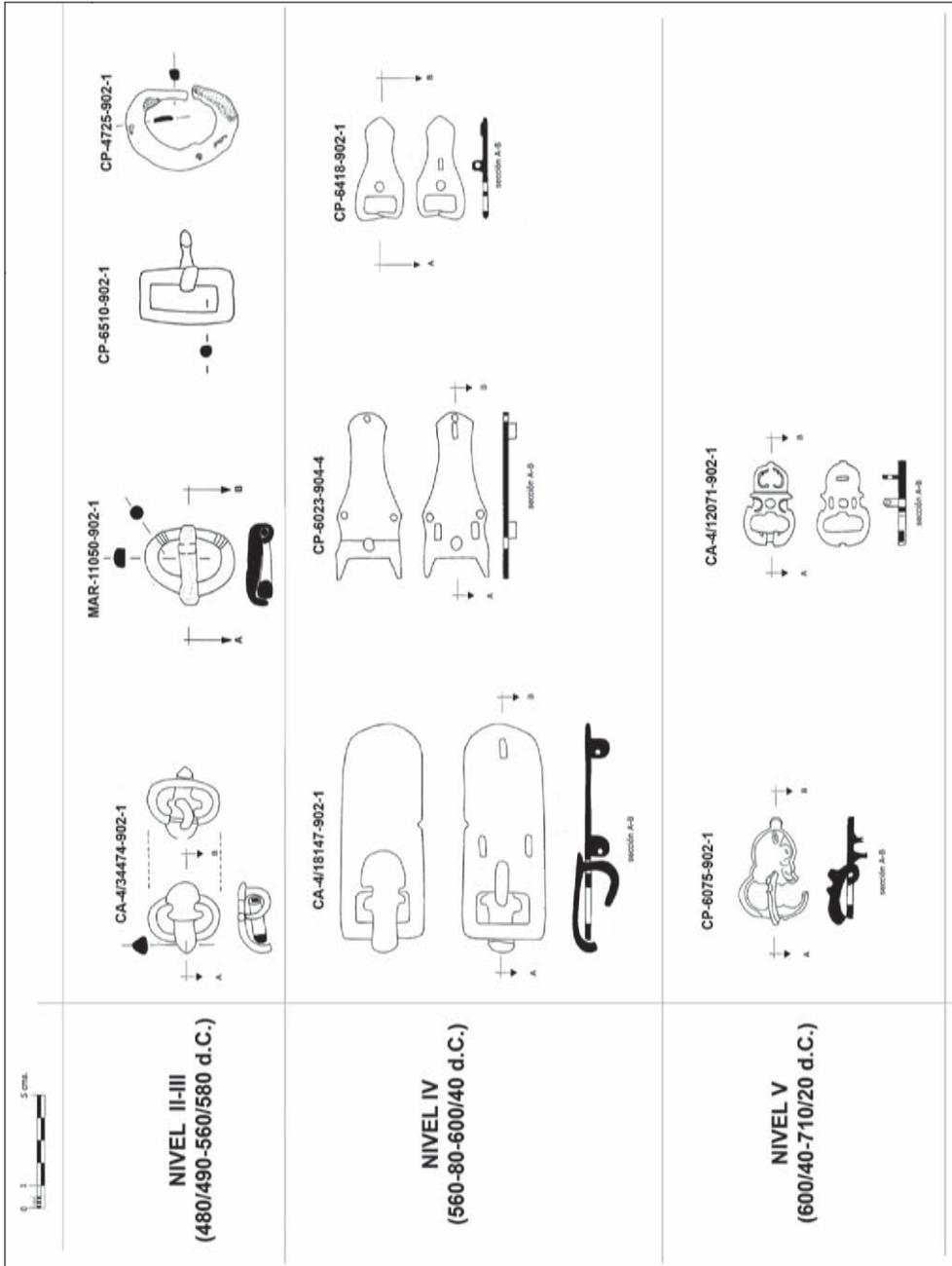


FIGURA 118: Broches de cinturón documentados en Carthago Spartaria (siglos V-VII d.C.) (Vizcaino Sánchez, 2008c). Dibujos: Soledad Pérez Cuadrado

Menos difusión tienen los denominados broches de transición, que en nuestra zona de estudio apenas se da más que en las necrópolis malagueñas de El Tesorillo, Eras de Peñarrubia y Plataforma de Peñarrubia⁸⁹.

Ya dentro de la serie bizantina, las últimas excavaciones han permitido ampliar la nómina de piezas, incluidas dentro del denominado nivel V (600/40-710/20) (fig. 119). Sobre todo ha ocurrido así con el tipo más popular, el Siracusa, broche polifuncional utilizado no solo para cinturones, sino igualmente para bolsos y otros accesorios del vestuario. Con temas decorativos diversos, que pueden ir desde la roseta cuadrípeta de hojas lanceoladas, a cruces simples, monogramas de lectura más compleja, u otros motivos figurativos, como el león de Judá, inciso con una técnica análoga a la de la glíptica, se trata de un tipo ampliamente representado en los ambientes bizantinos como *Anemurium*, *Saraçhane* o *Sardis*. Ampliamente distribuido por todo el Mediterráneo y aun fuera de éste, por la vía comercial del Rin hasta Inglaterra⁹⁰, en el territorio hispano por el momento sólo se documenta en la Península y *Septem*, no así en Baleares, con un total de nueve ejemplares⁹¹. De éstos, cinco proceden de la región hispalense del Bajo Guadalquivir o de algún otro lugar de este territorio, donde quizá radicarían talleres locales de los que pudo salir la variante adornada con cruz griega⁹². Otros dos se han localizado en Cartagena, uno de ellos (CP6075-902-1) en un relleno constructivo bajo el pavimento de la habitación 29 del barrio de época bizantina, que podría probar su circulación ya desde finales del siglo VI (lám. 102). El otro ejemplar cartagenero, hallado en la necrópolis tardía, ha de tenerse en cambio como variante del tipo canónico⁹³. Las dos últimas piezas proceden de *Septem*, en cuyo entorno encontramos también otras en Volubilis o Sala; y en plena zona visigoda, la localidad guadalajareña de Miedes de Atienza⁹⁴.

89 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 106-112; y MEDIANERO SOTO, 2006, fig. 7.

90 RUSSELL, 1982, fig. 7, n° 14-16; WALDBAUM, 1983, n° 689-690, lám. 44; HARRISON, 1992, n° 560, fig. U; RIEMER, 1995, p. 798-801; RIPOLL, 1998, fig. 34, lám. XL, 119, 117 y 118; RICCI y LUCCHERINI, 2001, p. 375; y RICCI, 2001b, II.4.608. De su difusión en el ámbito occidental da cuenta el hallazgo de estas piezas tanto en Roma, en el depósito de *Crypta Balbi*, donde junto a los tradicionales ejemplares bronceos encontramos también otros en plomo (RICCI y LUCCHERINI, 2001, p. 375-376, n° II.4.599-609), como en la ciudad de *Hippo Regius*, de la *Mauretania Caesariensis* (MAREC, 1958, p. 163-171).

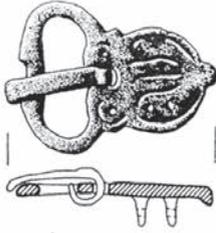
91 Hasta el momento habíamos incluido en esta nómina un ejemplar de Puig Rom, dado que así lo hacía EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 209, n° 8. Con todo, una vez que hemos tenido ocasión de examinar las piezas del castro gerundense (PALOL, 2004, p. 64-67), a no ser que la citada pieza no haya sido contemplada, lo cierto es que se encuentra ausente.

92 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 183-192; y ARIAS SÁNCHEZ, y NOVOA PORTELA, 1996, n° 49.

93 Respecto al primero, *vid.* VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2003-2004. El broche, del tipo D12 de la sistematización de SCHULZE-DÖRRLAMM, (2002, p. 247), datado a partir del último cuarto del siglo VI, resulta similar a los incluidos en el segundo grupo de *Anemurium*, fig. 7, números 14 y 15, especialmente este último, que también compartiría el desarrollo arqueado del hebijón, con pequeña muesca en su base (RUSSELL, 1982, fig. 7). También es el tema del tipo 1a de *Sardis*, WALDBAUM, 1983, lám. 44, n° 689-690. Igualmente, una variante de este tema decorativo ornamenta un broche documentado en una colección hispana (RIPOLL, 1998, n° 116, fig. 34 y lám. XL). Por otra parte, la decoración de la hebilla es similar a la de los ejemplares considerados de manufactura italiana (DE VINGO, FOSSATI, 2001a, p. 476, tav.65.2). Respecto a la otra pieza cartagenera, *vid.* MADRID BALANZA y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2006b, p. 89-90.

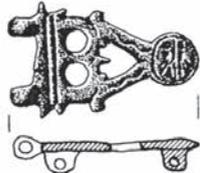
94 Para el ejemplar ceutí, VILLAVEVERDE VEGA, 2001, p. 478, lám. IX, PT-81 y 82-83. Respecto a la pieza guadalajareña, procedente del yacimiento denominado «Camino de Casillas», queremos agradecer la amable información del arqueólogo E. Daza. Sobre el broche, DAZA PARDO, 2009.

BROCHES DE LA SERIE BIZANTINA. NIVEL V (600/40-710/20)



TIPO SIRACUSA

S: Septem, Carthago Spartaria
H: Bética, Miedes de Atienza



TIPO CORINTO

S: Ibiza
H: Bética, Coscojuela de Fontova



TIPO ESCUTIFORME

S: Ibiza
H: -



TIPO INSECTIFORME

S: -
H: Bética

S: Spania Bizantina
H: Hispania Visigoda



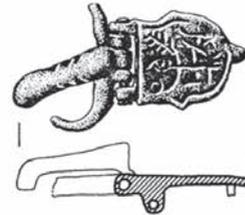
TIPO BALGOTA

S: Ibiza, San Pedro de Alcántara
H: -



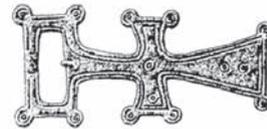
TIPO CORINTO/BOLONIA

S: -
H: Bética



TIPO HIPPO

S: Mahón
H: Sevilla, Itálica



TIPO CRUCIFORME

S: -
H: Bética, Herrera de Pisuerga, Gerona



FIGURA 119: Tipos de broche de cinturón de la serie bizantina documentados en España (a partir de Ripoll, 1998)

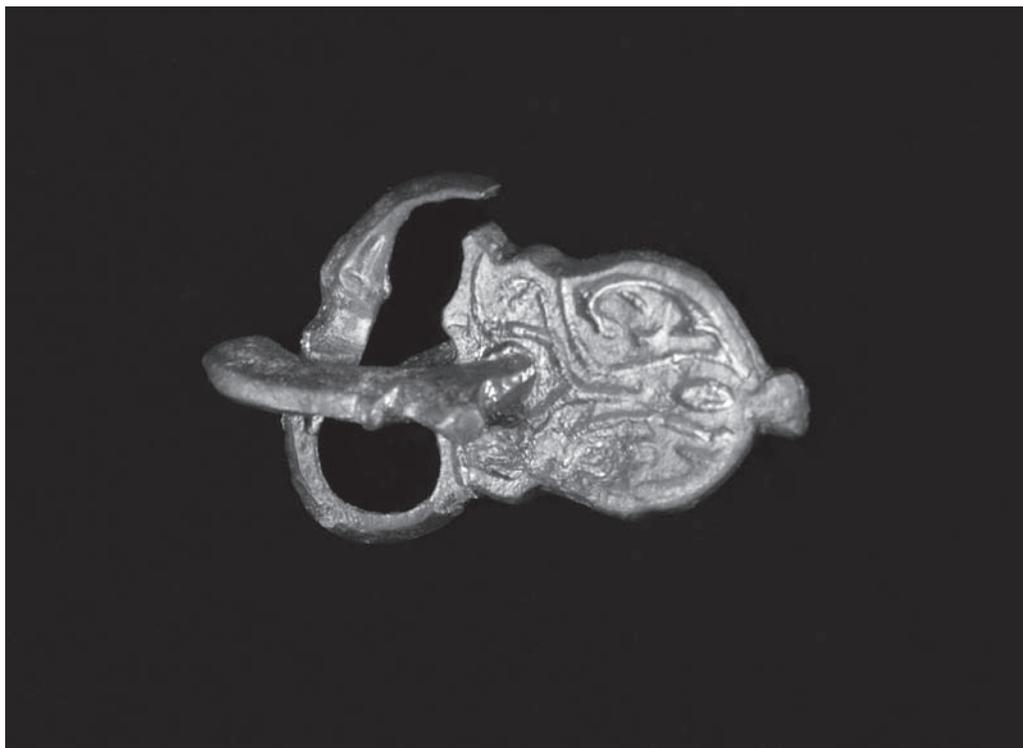


LÁMINA 102: Broche de cinturón tipo Siracusa localizado en un relleno constructivo de la estancia nº 29 del barrio de época bizantina instalado sobre el teatro romano de Cartagena (VV.AA., 2005)

Los restantes tipos de la serie bizantina, por el contrario, son mucho más escasos. Ocurre así, por ejemplo, con el tipo Balgota, broche articulado mediante charnela, con hebilla oval y placa lanceolada rematada por botón de tope circular. Manufacturado en pocos grandes talleres, como, posiblemente, Roma, sólo se registra por cuanto se refiere a *Spania*, en Santa Eulària o San Pedro de Alcántara⁹⁵.

Tampoco el tipo Corinto, similar al anterior, arroja un balance superior, contando sólo con tres ejemplares, uno de ellos hallado en Santa Eulària, y otros dos en la zona visigoda, en una colección hispalense y en la localidad oscense de Coscojuela de Fontova⁹⁶. Comoquiera que sea, al igual que el tipo anterior, se trata de un broche articulado, con placa calada mediante perforaciones circulares y un registro coriforme, que acaba en extremo distal circular.

De forma similar, de nuevo las Baleares aportan uno de los escasos ejemplares para la serie bizantina, en concreto para el tipo escutiforme, que, hallado en la necrópolis de Hort d'En Poll, sólo se da aquí o en el yacimiento navarro de Tudején-Sanchoabarca. No en vano, su momento

95 Para el primero, *vid.* PALOL, 1950a, p. 86-88, fig. 4; RAMÓN, 1986, lám. VI.8; y RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 182. Acerca del segundo, RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 181, fig. 31. Por lo demás, defiende la probable existencia de talleres itálicos, RICCI, 2001b, p. 374.

96 Respecto al tipo, *vid.* RIEMER, 1995, p. 784-786. Acerca de los ejemplares hispanos, RIPOLL LÓPEZ, 1998, nº 120, fig. 34, p. 186; y ZEISS, 1934, p. 155, taf.13.5, recogido por EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 209.

álvido de difusión tiene lugar a partir de mediados del siglo VII, momento en el que la presencia imperial en el marco hispano se restringe únicamente a las islas⁹⁷.

Muy similar a estas piezas en «u» o escutiformes, es el denominado tipo Hippo, propio ya de los dos últimos tercios del siglo VII, y con amplia difusión en todo el Mediterráneo, sobre todo occidental. Se ha señalado que la gran homogeneidad que presentan los ejemplares conocidos, que ascienden a casi medio centenar, parece indicar la procedencia de un solo taller, caracterizado por la plasmación de motivos decorativos diversos, pero siempre con un estilo muy similar al conseguido mediante la técnica de trabajo de las gemas incisas. Dada su cronología, se registra poco más que en uno de los últimos reductos de los *milites romani*, Menorca, con un interesante ejemplar depositado en el Museo Arqueológico de Mahón, así como en la zona hispalense⁹⁸.

También su cronología avanzada y una menor difusión en función de la progresiva contracción del comercio internacional, explican la escasez o ausencia de otros dos broches de la serie bizantina, el insectiforme, del que únicamente conocemos un ejemplar bético, o el Sucidava, por ahora no registrado en territorio hispano⁹⁹. No obstante, dichos factores no parecen pesar tanto en la circulación del tipo cruciforme, dado a lo largo del siglo VII por toda la cuenca mediterránea, desde el Mediterráneo Oriental a Bulgaria, pasando por el Mar Negro o Italia, especialmente Roma, donde se ubica uno de los talleres asociados a su producción¹⁰⁰. Así, en la misma Península Ibérica hallamos ocho ejemplares, caracterizados por su mayor tamaño y la adición de apéndices circulares a los brazos de la cruz. En este sentido, junto a las piezas procedentes de Herrera de Pisuerga y Gerona, o aquellas otras incluidas en una colección hispalense o en la del Landesmuseum de Bonn, destacan las halladas en los yacimientos malagueños de El Tesorillo y Cártama, y los gaditanos de *Carteia* y Sanlucarejo, todas fechadas ya en el siglo VII¹⁰¹. Las características mencionadas, a las que se unen la preferente adopción de la cruz latina frente al empleo de la de tipo griego en otros ámbitos, o la cercanía de su decoración a la de los broches liriformes, han llevado a suponer que los objetos hispánicos son de manufactura local¹⁰².

Precisamente, también a este último nivel V (600/40-710/20) pertenecen los mencionados broches liriformes, originarios del Mar Negro, que con su prototipo Trebisonda (Trapezus), son manufacturados a gran escala en talleres como el que habría que radicar en la misma Constantinopla, o posteriormente en *Hispania*¹⁰³. Sabemos de su circulación efectiva en los contextos

97 Acerca del tipo y su cronología, RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 188, n. 386; y RICCI, y LUC CERINI, 2001, p. 373-374, n° IL.4.586. Recogen los hallazgos hispanos, RAMÓN, 1986, lám. VI, 7, 8 y 10; y p. 21, lám. VI, 6; y MEDRANO MARQUÉS, 2004, p. 275, n° 15. Por lo demás, existe una pieza gerundense que se ha prestado a polémica, la de Puig Rom, de difícil encuadre tipológico dadas sus características híbridas (PALOL, 2004, p. 66, n° 4, fig. 91). Igualmente, quizá un ejemplar decorado con escenas del Fisiólogo, hoy depositado en el Metropolitan Museum of Art of New York, puede proceder de España (RIPOLL LÓPEZ, 1999a, p. 203-208).

98 Sobre el tipo y su difusión, RIEMER, 1995, p. 790-791 y 807-808; y RICCI y LUC CERINI, 2001, p. 374. Recogen los ejemplares hispanos mencionados, RITA LARRUCEA, 1972, p. 185-187; y RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 187.

99 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 188, n° 123, fig. 34.

100 RICCI y LUC CERINI, 2001, p. 386-387, n° IL.4.678, señalando que algunos de ellos pudieron utilizarse como broches de bolsos.

101 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 192-193, fig. 35.

102 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 201. Para la pieza de *Carteia*, no obstante, se sigue defendido su procedencia foránea (BERNAL CASASOLA, 2003a, p. 48).

103 El tipo frecuente se decora con la fábula del Fisiólogo, de carácter apotropaico, mostrando la lucha entre un cocodrilo y una serpiente, pero también otras escenas, como la lucha entre ésta última y un cuadrúpedo (RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 127-132).

protobizantinos occidentales, como vemos en Cartago¹⁰⁴, si bien su cronología avanzada y los avatares históricos de *Spania*, hacen que en nuestro territorio se concentren sobre todo en la zona visigoda, con escasos ejemplares en la zona que formó parte de la provincia bizantina y sus inmediaciones, y quizá, sólo en el momento en el que ésta ha sido incorporada al reino toledano, como puede ocurrir en Cádiz (San Enrique de Guadiaro), Málaga (Peñarrubia, Vega del Mar), Almería (Vera), o Alicante (Punta de l'Arenal de Jávea y necrópolis de Vistalegre en Aspe) (fig. 120)¹⁰⁵. Escapan a tal panorama, con todo, piezas como las halladas en Menorca o Ceuta, plazas bizantinas para las que no se plantea este cambio de soberanía durante la etapa¹⁰⁶.

A este respecto, si observamos la dispersión del tipo liriforme, además de la concentración en las zonas visigodas interiores, también parece apreciarse un registro intenso en los márgenes de las posesiones de los *milites*, no tanto ya en el Levante, en donde a las piezas citadas habría que unir otras como la de *Edeta*¹⁰⁷, como en torno al foco principal de presencia imperial, el Sureste. En este sentido, se convierten en una prueba material más acerca de la reviviscencia de las comarcas septentrionales de este territorio a partir de finales del siglo VI, en íntima unión con el decidido avance de las tropas visigodas hacia *Carthago Spartaria*. Con ello, además, a pesar de que no resulta válido identificar estos tipos con un ámbito cultural concreto; en la costa meridional hispana, dada la particular secuencia histórica, si podríamos asociar preferentemente estos broches liriformes a la presencia visigoda.

Así, por cuanto se refiere al Sureste, podemos destacar su documentación en las principales *ciuitates* ligadas al avance visigodo, como el Tolmo de Minateda, que presenta uno de los conjuntos más diversificados de este tipo de broches, que van desde aquellos quizá pertenecientes a la variante C, o híbridos A-C, a otros claramente encuadrables en los tipos B, D o H¹⁰⁸. En su

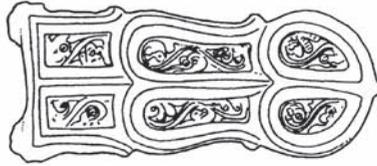
104 RIPOLL LÓPEZ, 1998, p. 168.

105 El broche gaditano, que sólo conserva su extremo distal, parece encuadrarse en el tipo liriforme de producción hispana, en su variante H (BERNAL y LORENZO, 2000, p. 122, fig. 13.b y lám. 15). En cambio, las piezas malagueñas se consideran adscritas al tipo canónico Trebisonda (EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 209). El ejemplar de Vera pertenecería a la variante A del tipo liriforme, la más abundante en la Península, dada aquí con banda central decorada mediante cintas entrecruzadas (RAMALLO ASENSIO, 1986, p. 151-152). En la zona levantina, la placa de Jávea se englobaría en la variante C (BOLUFER I MARQUÈS, 1994, p. 375, n. 4, fig. 1.1), en tanto que las dos halladas en Vistalegre, a la G-2 y quizá D (REYNOLDS, 1993, p. 71, fig. 72).

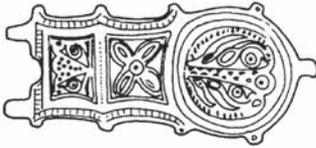
106 En el caso de la primera, destaca el ejemplar de barranco de Binisafuller (RITA LARRUCEA, 1972, p. 186), clasificado dentro del tipo liriforme, concretamente en la forma 5 a (EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 211, n° 89), correspondiente a los tipos F y G de la tipología de la colección hispalense (RIPOLL LÓPEZ, p. 138-139, n° 52-58, fig. 20-21 (tipo F) y p. 139, n° 62-69, fig. 22 (tipo G), singularizado dentro del tipo de broches que imitan el modelo Trebisonda, por su placa de perfil liriforme más rígido, dado que los lados son rectos en vez de curvos. Para el mismo, se ha propuesto una datación avanzada, comprendida entre los años 640-670 (EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 206 y 211). El otro ejemplar menorquín es muy similar a la variante E, pero de nuevo con ciertas diferencias, razón por la que se encuadra en la denominada Forma 3 (EBEL-ZEPEZAUER, 1994, abb.5, p. 203). Existe, por lo demás, otra problemática pieza ibicenca, quizá liriforme, más el precario estado de conservación impide pronunciarse (RAMÓN, 1986, lám. VI.9). En el caso de Ceuta, conocemos dos piezas pertenecientes posiblemente a las variantes D y A, así como quizá una tercera, que pese a haber sido interpretada como broche de placa rígida (VILLAVARDE VEGA, 2001, p. 478), tal vez hemos de tener como liriforme variante G. Recogen los ejemplares ceutíes, RIPOLL LÓPEZ, 1988, p. 1133-1134, fig. 6; y VILLAVARDE VEGA, 2001, lám. IX-PT-88 y 89.

107 ESCRIVÀ TORRES; MARTÍNEZ CAMPS, y VIDAL FERRÚS, 2005, fig. 3.

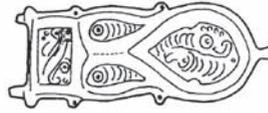
108 GAMO PARRAS, 2002, n° 3 (A/C), n° 7-8 (posible tipo B/C), n° 5-6 (tipo B), n° 9 (tipo D), y n° 2 (tipo H).



TIPO A: Vera, L. Casares (Albacete), Ceuta



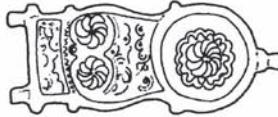
TIPO B: T. Minateda (Albacete), P. Fadrique (Granada)



TIPO C: C. Castillo (Yecla, Murcia), Punta de l'Arenal (Jávea)



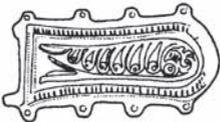
TIPO D: Vistalegre (Aspe)? Ceuta, T. Minateda (Albacete), C. Almagra (Murcia), Begastri (Murcia)



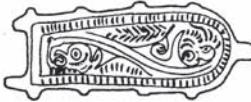
TIPO E: Brácana (Granada), Menorca, Granada, Sevilla, Andalucía



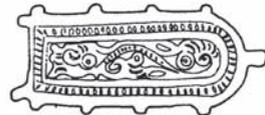
TIPO F



TIPO G-1:



TIPO G-2:



TIPO G-3:

Baños/Torrejones (Yecla, Murcia), Vistalegre (Aspe)



TIPO H-1:



TIPO H-2:



TIPO H-3:

S. Enrique de Guadiaro (Cádiz), T. Minateda (Albacete)

FIGURA 120: Tipos de broche de cinturón liriforme documentados en el Mediodía hispano (a partir de Ripoll, 1998)

mismo entorno, ya en la zona albaceteña, con yacimientos como Loma de Eugenia o Loma de los Casares, o en el altiplano murciano, en Yecla, también existe un registro firme¹⁰⁹.

Del mismo modo, si en *Begastri* se ha localizado una única pieza de la variante D, de la cercana ciudad del Cerro de la Almagra proceden otras cuatro (variantes D, C/D y dos de la H), así como una última más tardía, damasquinada, que se acompañan de otros elementos menos habituales como conteras. En las cercanías, también es posible rastrear el tipo, con hallazgos como el granadino de Puebla de Don Fadrique, perteneciente a la variante B¹¹⁰.

Por lo demás, en *Spania* no se han documentado broches que se salgan de estas series funcionales, en la línea de los ejemplares recamados que tanta estima merecen a Coripo¹¹¹.

A pesar de que no se trata ya de un broche de cinturón, sino únicamente de un elemento de cierre para el manto, no queremos dejar de mencionar una singular pieza de tipo bizantino hallada en la tumba nº 10 de la necrópolis malagueña de Peñarubia¹¹². Se trata de un broche compuesto de sendas piezas con remates aviformes, que circula ya ca. 600 en el ámbito bizantino, para alcanzar también la Italia longobarda o el territorio merovingio. En nuestro caso, su cronología avanzada, en consonancia con otros hallazgos del conjunto cementerial como un broche liriforme damasquinado, muestra que correspondería al período posterior a la expulsión de los *milites romani*.

16.2.1. La indumentaria militar

«Pero sucedió que en mi época estallaron inesperadamente grandes guerras en la mayor parte del mundo y hubo migraciones en masa de muchos pueblos bárbaros; hechos confusos e increíbles tuvieron resultados inesperados y se dieron desconcertantes vicisitudes de la fortuna; y hubo pueblos destruidos, ciudades esclavizadas, gentes desplazadas, es decir, que toda la Humanidad estaba trastornada»

Agatías (*Hist.*, proem.11)

Evidentemente, en un período marcado por la conquista de los territorios occidentales, el aspecto militar se sitúa en un primer plano. No obstante, a pesar de que la documentación textual que permite seguirlo es abundante, no ocurre lo mismo con los restos arqueológicos, hasta ahora ciertamente escasos. Si esto es así para todos los territorios, aun se acentúa más para el

109 Para los albaceteños, parece factible su adscripción a las variantes F/G y A, respectivamente (GAMO PARRAS, 1998, p. 162-163; y p. 200-201, lám. 45). En cuanto a las piezas yeclanas, una de ellas se localizó en el Cerro del Castillo, (RUIZ MOLINA, 2000, p. 156-157, N° Inv., CC/96/Ermita/N. IV./s.n), perteneciendo a la variante C, y en la línea de la denominada forma 1 de imitación del tipo Trebisonda, que se ha datado entre los años 580 y 610 (EBEL-ZEPEZAUER, 1994, p. 208, abb.4.1, y p. 209). El otro ejemplar procede del entorno de Los Baños/ Los Torrejones, encuadrándose en la variante G (GÓMEZ VILLA, 2003, p. 55-58).

110 *Vid.* en orden de cita, Vallalta Martínez, 1988, p. 303-314; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *et alii*, 1994, p. 295-305; y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ y FERNÁNDEZ MATALLANA, 2007; así como FERNÁNDEZ PALMEIRO y SERRANO VÁREZ, 1995, p. 595-598.

111 Así, por ejemplo, al aludir a la indumentaria tosca de los *mauri*, recoge que «*ni se ciñen con cinturones incrustados de ninguna clase de cuentas*» (*Iohann.* II, 131), frente al mayor refinamiento del contingente imperial, como el caudillo Geisirít, quien lo hace «*con un brillante cinturón recamado de pedrería*», de forma que «*da gusto ver todas sus enseñas*», (*Iohann.* IV, 497-500).

112 SCHULZE-DÖRRLAMM, 2002, p. 582-583, abb.8, señalando su datación en los siglos VII-VIII.

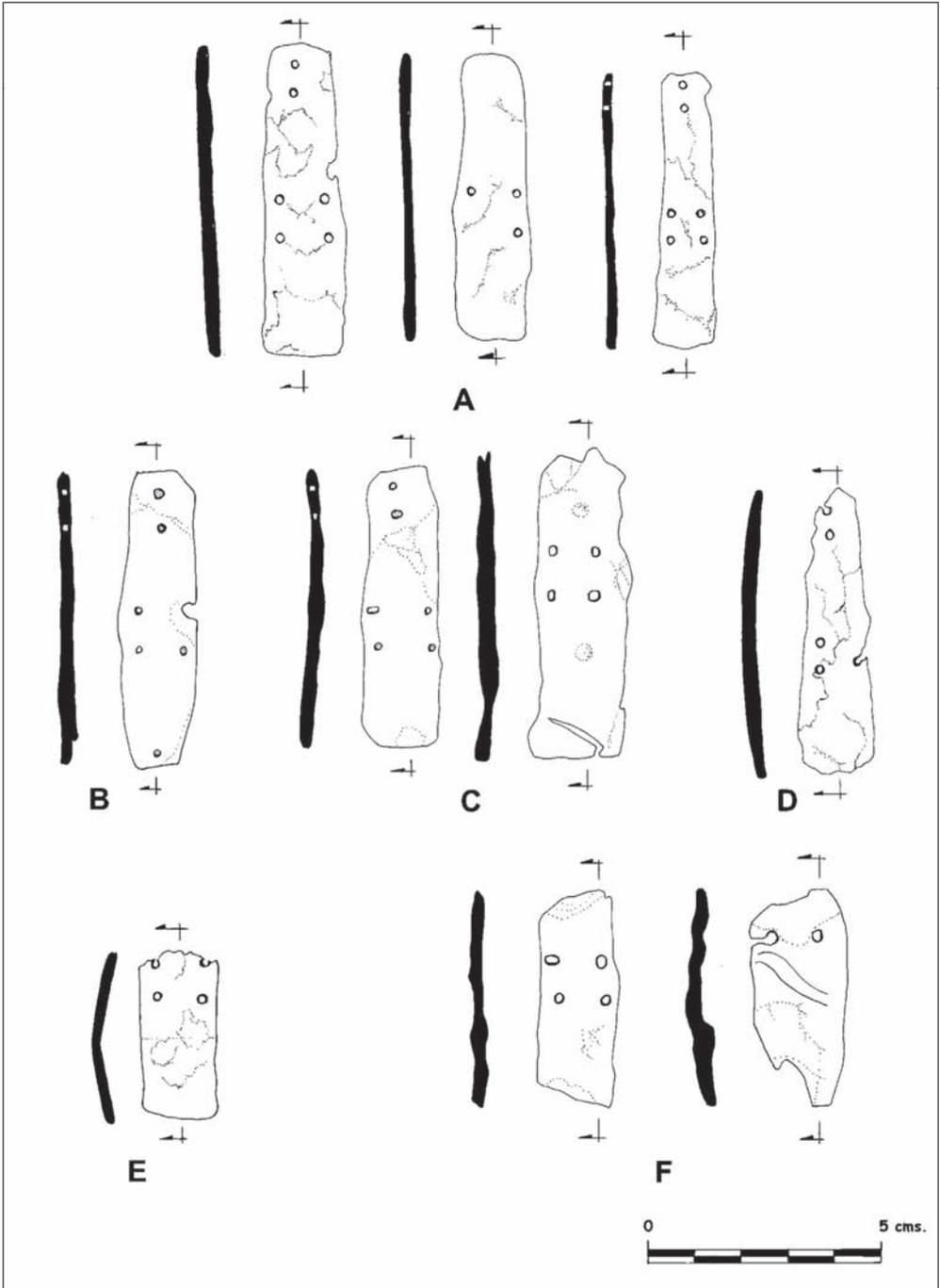


FIGURA 121: Tipos de lámina empleados en la coraza hallada en el barrio de época bizantina de Cartagena (Vizcaíno Sánchez, 2008d). Dibujo: Soledad Pérez Cuadrado



LÁMINA 103: *Lamellae* de la coraza laminar hallada en Carthago Spartaria (Vizcaíno Sánchez, 2008d)

hispano, dado el carácter de la ocupación, como hemos visto, siempre aquejada de la escasa disponibilidad de efectivos. Es por todo ello por lo que los hallazgos producidos en los últimos años revisten especial interés, máxime en tanto informan acerca de los variados elementos que componen el armamento de los *milites romani* durante los siglos VI-VII. Al mismo tiempo, dado que éste se manufactura exclusivamente en las *fabricae* imperiales¹¹³, nos encontramos con uno de los ítems de mayor valor a la hora de caracterizar arqueológicamente la presencia bizantina en *Spania*. De forma concreta, nos dejan ver cierta superioridad en el campo técnico respecto a los *hostes barbaros* visigodos, de cuyo armamento tenemos noticia a través de restos como los recuperados en Sant Julià de Ramis o Puig Rom¹¹⁴.

Por cuanto se refiere al armamento defensivo imperial, en *Spania* se ha podido documentar uno de los tipos de coraza más populares, la coraza laminar (lám. 103, fig. 121). Ésta ha aparecido en el barrio de época bizantina de Cartagena, concretamente en el nivel de abandono posterior a

113 «Está prohibido que los privados produzcan y vendan arcos y dardos, espadas largas y espadas cortas (que se suelen llamar semiespadas), aquello que se llama *zabae* o *lóricas*, las lanzas largas o las lanzas de cualquier tipo o forma y las que los *isaurios* llamaban *monocontia*, los llamados *zibynnoi* o *missibilia*, así como escudos o *scutaria* y los *yelmos* o *cassides*. No está permitido a nadie producir estas armas si no pertenece a nuestras fábricas. Los privados podrán fabricar y vender a otros privados los cuchillos que no sean instrumentos de guerra» (Nov. Iust. 85, 4).

114 GARCÍA JIMÉNEZ y VIVÓ I CODINA, 2003, p. 161-190.



FIGURA 122: *Reconstrucción ideal de la indumentaria de un soldado bizantino con coraza laminar y arco (Dibujo: Soledad Pérez-Cuadrado)*

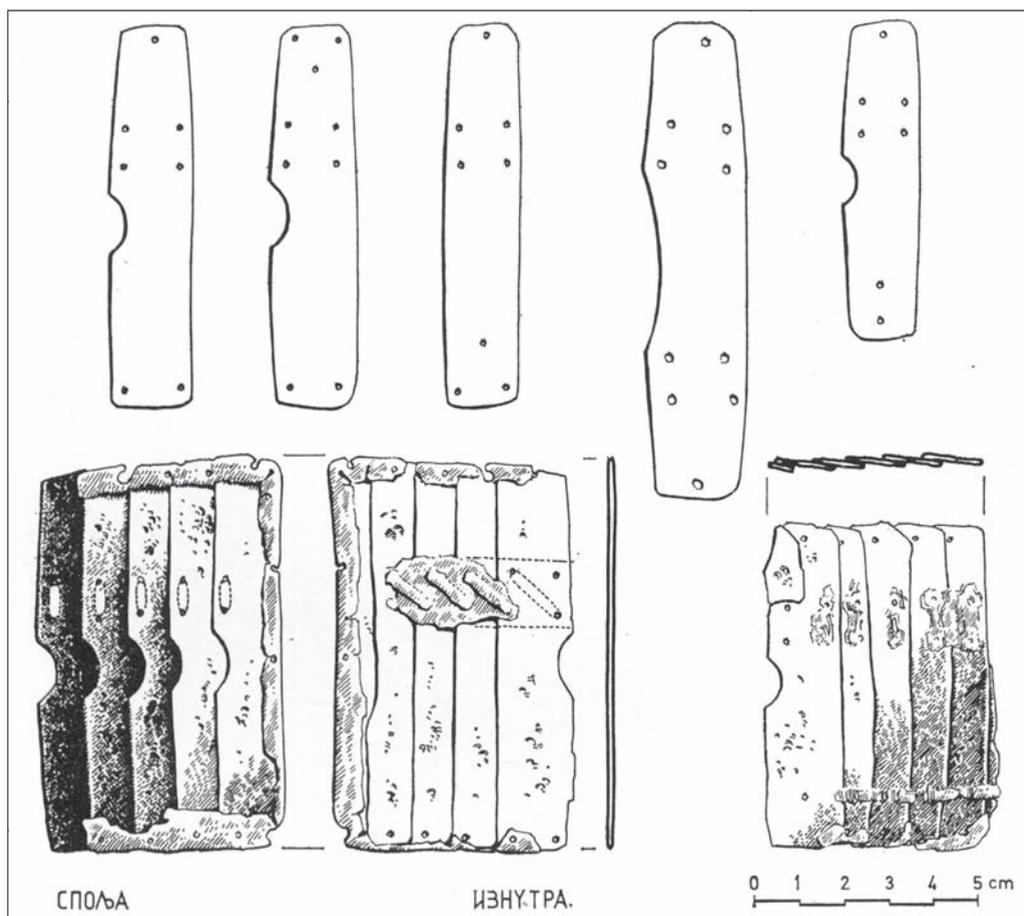


Figura 123: Láminas de la coraza hallada en Viminacium (Popovic, 1987)

la destrucción identificada con la conquista de la ciudad por parte de las tropas del rey visigodo Suintila, ca. 625¹¹⁵. El material recuperado en la habitación donde se hallaba, o en el conjunto del que formaba parte ésta, integrado por las formas más habituales de la TSA-D (Hayes 99 B/C, 91 D, 100, 101, y 106), ánforas norteafricanas (Keay LXI, *spatheia*), orientales (LRA 1), ibicencas (Keay LXXIX / RE-0314b), o cerámicas de producción local (C.1.1, C.1.2, C.3.2, C.4, C.10, C.14), así como recipientes más escasos como lucernas africanas (Atlante XA1a / Hayes IIb) o LRU orientales, refrenda su datación. No en vano, precisamente a partir de finales del siglo VI, es cuando se adopta mayoritariamente este tipo de protección de origen oriental entre las filas bizantinas, uniéndose a la más temprana *lorica squamata*, de láminas más pequeñas y

115 Remitimos a dos trabajos recientes para un estudio más exhaustivo del ejemplar y las piezas que a continuación recogemos, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2005; e *Idem*, 2008d. En este sentido, queremos agradecer al profesor Dr. F. Quesada Sanz, sus valiosas sugerencias.

estrechas, preferentemente realizadas en bronce. De un modo u otro, su uso se restringe sobre todo a algunos oficiales y miembros de la caballería pesada, no ya así a la infantería¹¹⁶.

La coraza cartagenera conserva poco más de un centenar de láminas de hierro, una pequeña parte del total original, que según algunas estimaciones, superaría las quinientas láminas, dispuestas en una treintena de hiladas horizontales (fig. 122)¹¹⁷. Las *lamellae* del ejemplar hispano presentan módulo aproximadamente rectangular, con *ca.* 6/7 cm de largo, y 2 cm de ancho, siendo así algo más pequeñas pero también más anchas que las pertenecientes a otros ejemplares como el hallado en Svetinja (fig. 123)¹¹⁸. Por otro lado, muestran cierta diversidad morfológica, con lado superior redondeado (tipo A), módulo fusiforme (tipo B), rectangular (tipo C), o apuntado (tipo D), así como cuerpo plegado (tipo E) o con otras características (tipo F). En cualquier caso, su configuración en esta y otras corazas es siempre bastante similar, con seis perforaciones destinadas a la sujeción, dispuestas en pares en la parte superior y central de la lámina.

El tipo se documenta en otros yacimientos protobizantinos datados a partir de un momento avanzado del siglo VI, como Caricin Grad, Svetinja, Jelica, o *Crypta Balbi*¹¹⁹. Del mismo modo, es posible registrarlo en ambientes bárbaros, ya gépidas (Szentcs-Berekhát), alamanes (Schretzheim, Niederstotzingen), francos (Krefeld-Gellup), ávaros (Kertch), o longobardos (Castel Trosino)¹²⁰. E igualmente, no falta documentación iconográfica, como el plato de Isola Rizzi o el frontal de yelmo que representa el triunfo del rey longobardo Agilulfo¹²¹.

En cambio, la documentación literaria es parca, pues, si bien refiere el empleo de corazas, apenas dice nada acerca de su configuración. De este modo, sin especificar tipos, lo habitual es su insistencia en una serie de notas comunes, como su peso (Agatías, V 22, 4; Coripo, *Iohann.* I, 442 y II, 281), y el esfuerzo del combatiente para llevarla (Coripo, *Iohann.*, VI, 740), el ruido que provoca su entrechocar (Coripo, *Iohann.*, VI, 635), o su brillo (Coripo, *Iohann.*, IV, 462-464; IV, 481), que despiertan la admiración (Coripo, *Iohann.* VI, 80). En este sentido, se muestra como elemento imprescindible en la batalla, de modo que todo soldado debe permanecer con su «*torso cubierto de hierro*», incluso durmiendo (Coripo, *Iohann.* II, 441-442), siendo una locura prescindir de ella, que se salda con la misma muerte (Coripo, *Iohann.*, VIII, 494). No obstante, si bien es frecuente recurrir a la imagen de la «*llanura cubierta de hierro*» (Coripo, *Iohann.* IV, 562), hemos de pensar en diferentes tipos de protección y no sólo en corazas laminares. Se trata, además, de piezas que no siempre proporcionarían la protección buscada, siendo frecuente el sonido de las «*armaduras rotas*» (Coripo, *Iohann.*V, 470), ya atravesadas por flechas (Agatías IX, 4), espadas (Coripo, *Iohann.*V, 320-321); o lanzas (Coripo, *Iohann.*V, 139-140). Fuera de ello, apenas hay más datos acerca de su configuración, que atañe sobre todo a ejemplares suntuarios, como la coraza de Geisirit, «*entrelazada con mallas de oro*» (Coripo, *Iohann.*IV, 494). Incluso alguna referencia más concreta, se centra en la tradicional *lorica squamata*, que

116 RUSSEL, 2002; y BUGARSKI, 2005. Acerca de las limitaciones en su uso, MACDOWALL, 1994, p. 59; y RAVEGNANI, 2004, e *Idem*, 2007.

117 BUGARSKI, 2005, p. 161-166 y 172.

118 BUGARSKI, 2005, p. 162.

119 Respectivamente, BAVANT and IVANISEVIC, 2003, p. 73; BUGARSKI, 2005; MILINKOVIC, 2001, plate 15.2; y RICCI, 2001d, p. 400, II.4.764-777.

120 THORDEMAN, 1939; PIRLING, 1986; ARENA y PAROLI, 1993; NICOLLE, 1997, p. 68-70; y BUGARSKI, 2005, p. 168-171.

121 HALSALL, 2003, p. 169; y BROGIOLO, 2007, p. 55-57.

es referida para África (Coripo, *Iohann.IV*, 535-536), y también recogida por el hispano Isidoro (*Etym.*, XVIII, 13.2)¹²².

Por lo demás, completan la indumentaria del soldado otros elementos como «*los cascos con pieles superpuestas*» (Coripo, *Iohann.* II, 281). En esta línea, resulta especialmente valioso el pasaje de Agatías (II 8, 1-5) a propósito del enfrentamiento de las tropas de Narsés con los hérulos en la batalla de Casulino. Así, el autor nos dice que la caballería contaba «*con lanzas cortas y escudos, además de arco, flechas y una espada en el costado*», siendo más restringido el uso de las «*sarisas*», largas picas. La infantería, en cambio, disponía solamente de «*corazas hasta los pies y cascos especialmente resistentes*», con escudos. Otros autores nos informan también de los usos por parte de los oficiales, como Coripo (*Iohann.IV*, 522), quien señala que el caballo de Juan Troglita iba adornado de oro y pedrería.

La arqueología ha podido completar el aspecto de alguno de estos elementos. Es el caso, por ejemplo, del escudo (*skutarion*), que, realizado en madera y generalmente recubierto de cuero, solía ser de forma oval, con umbo central, alcanzando hasta metro y medio de altura, siguiendo las recomendaciones del *Strategikon*¹²³.

En el caso hispano también conocemos algo acerca de los arcos, gracias a la documentación de dos puntas de flecha (fig. 124) y un posible puntal en el barrio de época bizantina de Cartagena. Una de las puntas (CP 4720-904-1), fue recuperada en la preparación del tercer hábitat de la habitación número 13, frente a la estancia nº 9 en la que se halló la coraza antes comentada. En dicho contexto, entre otras cerámicas, se encontraban presentes las formas de vajilla africana Hayes 80B/99, 91, 99, 101, 104 y 107; las ánforas africanas Keay XXVI y LXI, las orientales LIII y LXV, o un amplio repertorio de cerámicas comunes de producción local (C.1.4, 3.1, 3.2, 3.3, 5, 11, 14, jarra).

El otro ejemplar (CP 6509-904-1), fue hallado en un basurero de mayor amplitud cronológica emplazado sobre la *porticus post scaenam*, si bien el hecho de que su morfología sea prácticamente idéntica a la de anterior pieza mejor datada, permite plantear también su adscripción bizantina.

Ambas piezas están realizadas en hierro, presentando pedúnculo que iría fijado al vástago de madera, así como triple alerón, apenas separado del cuerpo, y con caras internas cóncavas. Se trata de unas características que llevan a englobar las piezas en el conocido como tipo ávaro, nacido en Oriente, pero rápidamente extendido también a Occidente, con lo cual, son rechazables consideraciones apriorísticas de tipo étnico¹²⁴. Así, para el caso de Italia, se ha destacado su documentación tanto entre ajuares funerarios longobardos, sobre todo ricos, como igualmente en *castra* bizantinos como San Antonino di Perti¹²⁵. No faltan tampoco ejemplares de este tipo entre

122 «*La squama es una lorica metálica fabricada con láminas de hierro o de bronce, concatenadas a manera de escamas de peces; de ese mismo brillo de las escamas y de su semejanza con ellas le viene el nombre*»

123 Acerca del equipamiento, *vid.* SOUTHERN y DIXON, 1996, 89-126; y COULSTON, 2002, p. 3-24. En lo referente en concreto, al del ejército bizantino, HALDON, 2002, p. 65-87; y el completo estudio de RAVEGNANI, 2007, p. 40-48.

124 Lo cierto es que se trata de una tipología de temprana aparición, ya en los siglos VII-VI a.C, en el que la utilizan poblaciones nómadas ciméricas en la zona septentrional del Mar Negro. Luego también empleadas por los sármatas, en el siglo IV hacen uso de ellas los hunos, y en la centuria siguiente, los ávaros. Ya en el siglo VI, la encontramos en Francia septentrional, en asentamientos francos a partir del primer cuarto de este siglo, y en el caso de las regiones germanas, a partir de finales del siglo VI, como recogen DE VINGO, FOSSATI y MURIALDO, 2001, p. 534.

125 DE VINGO, FOSSATI y MURIALDO, 2001, p. 534, tav. 75.2-6.

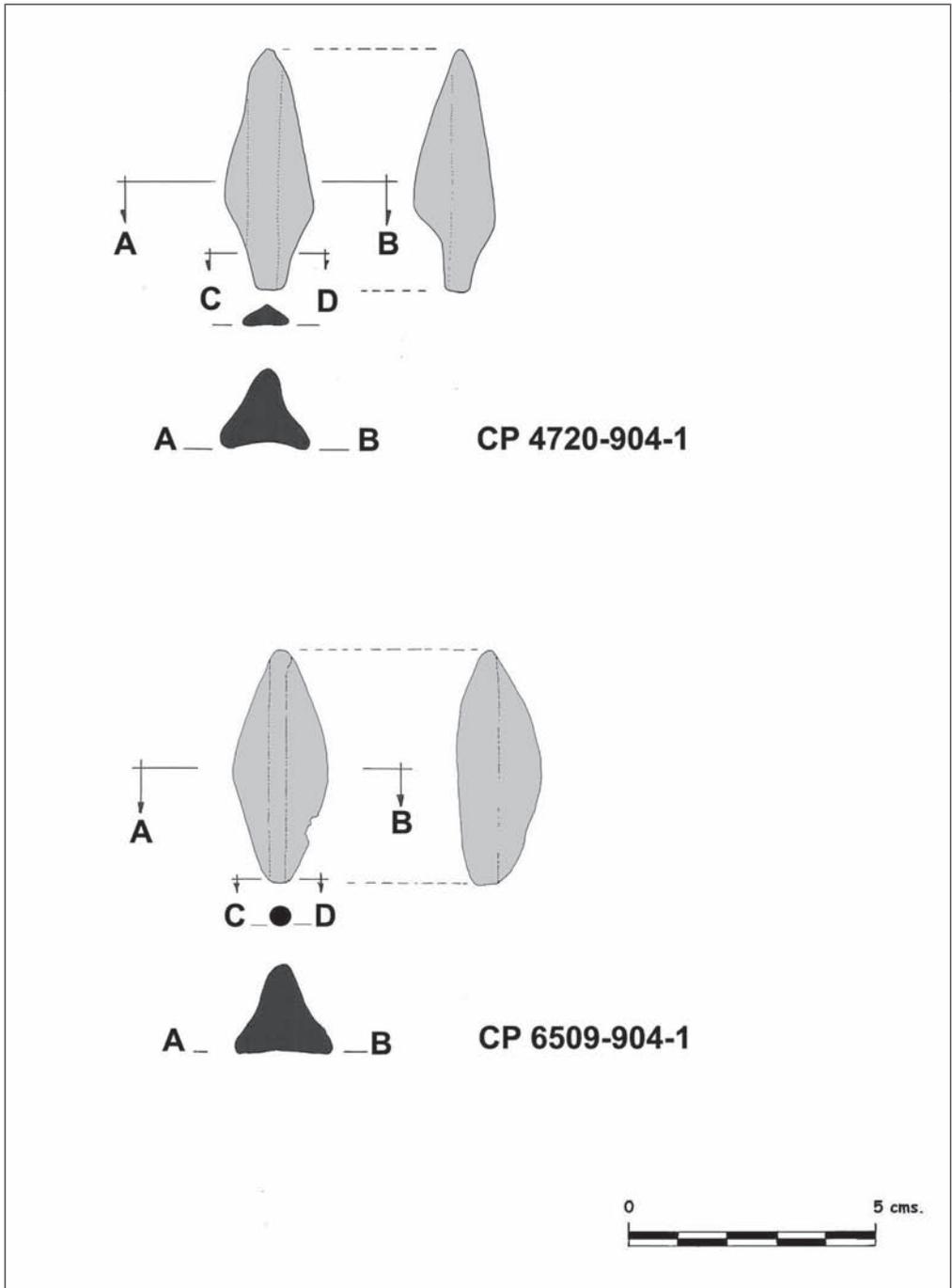


FIGURA 124: Flechas de tipo ávaro halladas en el barrio de época bizantina de Cartagena (Vizcaíno Sánchez, 2005c). Dibujos: Soledad Pérez Cuadrado

los materiales procedentes de *Crypta Balbi*, señalándose que, debido a su compleja realización, antes que estar ampliamente difundido entre el ejército, habría de limitarse a la aristocracia militar¹²⁶. Del mismo modo, su presencia también se rastrea en otros yacimientos protobizantinos como Caricin Grad; o incluso en contextos visigodos como Puig Rom y Sant Julià de Ramis, donde los ejemplares, no obstante, son más estilizados¹²⁷.

El tipo, por otra parte, es sólo uno de un más amplio repertorio, que va desde las puntas de flecha en cola de golondrina, a las lanceoladas, romboidales, de cúspide plana triangular, plenas en sección piramidal, o también cónicas. Precisamente, la misma diversidad que se da en un solo enclave, muestra que antes bien que considerar diferencias étnicas en su uso, como tradicionalmente se ha hecho, hay que ver en éste exigencias de tipo funcional¹²⁸.

En cualquier caso, estas flechas, insertas en astas de entre unos 60 y 70 cm de longitud, de madera ligera, preferentemente de sauce o álamo, habrían de ser lanzadas bien en arcos semi-reflectos de curvatura simple, realizados en una sola pieza, y elaborados en cereza y fresno; o bien arcos compuestos de madera, cuerno y material fibroso, con ocasionales elementos óseos de refuerzo¹²⁹.

En este sentido, quizá pudo ser una de estas últimas piezas, un cuerno trabajado recuperado también en el barrio de época bizantina de Cartagena¹³⁰. Hallado en las proximidades de un enterramiento de época islámica, este hecho y la existencia de un paralelo en la necrópolis islámica de San Nicolás, en Murcia, han llevado a proponer semejante adscripción cultural¹³¹. Con todo, la estratigrafía revuelta del yacimiento, y su registro junto a material cerámico de época bizantina¹³², podrían indicar una cronología anterior, apoyada, de hecho, por la existencia de paralelos como los ejemplares de *Crypta Balbi* y, sobre todo, Caricin Grad, este último decorado mediante líneas diagonales simples e intersecantes¹³³.

El ejemplar cartagenero presenta un diámetro de base de 1,7 cm y una longitud de 11 cm, estando vaciado en su interior. La pieza se encuentra decorada hasta la mitad, mediante cuatro cartelas rectangulares separadas por tres bandas, ornamentadas con motivos diversos, como una línea quebrada de triángulos, o una trama romboidal, marcadas por el punteado interno.

De un modo u otro, lo cierto es que disponemos de abundante información acerca del importante papel que desempeña el arco para los ejércitos tardíos, tanto el propiamente imperial,

126 VV.AA., 2001, nº 4. 748-752, p. 398-399, recogiendo el estudio de las piezas.

127 Respectivamente, De Vingo, Fossati y Murialdo, 2001, p. 534; Palol, 2004, fig. 122,35, p. 84-86; y García Jiménez y Vivó i Codina, 2003, fig. 9.1.

128 DE VINGO, FOSSATI y MURIALDO, 2001, p. 532 y 534; insistiendo también en su desvinculación respecto a la identificación de diferencias étnicas, Murialdo, 2001d, p. 228.

129 DE VINGO, FOSSATI y MURIALDO, 2001, p. 533-534.

130 Fue hallado de forma previa a la excavación del teatro romano, del cual únicamente se pudo exhumar parte de los muros del *porticus post scaenam*, tomados entonces, como todo parecía apuntarlo, como muralla bizantina (Martínez Andreu, 1985, p. 129-152).

131 NAVARRO PALAZÓN, 1986, p. 481-483, señalando que se trata de elementos «especialmente curiosos», de los que, de hecho, no señala funcionalidad alguna, ni tampoco paralelos, limitándose a establecer una cronología para el cartagenero de los siglos XII y XIII.

132 Agradecemos a este respecto, las observaciones realizadas por el arqueólogo municipal de Cartagena, Dr. Miguel Martínez Andreu, responsable de la intervención arqueológica.

133 Respectivamente, Ricci, 2001, II.4.754, p. 399; y De Vingo, Fossati y Murialdo, 2001, p. 533.

como muestra Procopio¹³⁴, como los oponentes de éste, entre los que destaca la maestría de los hunos (Agatías, V 19, 12).

134 Procopio (*Bell.Pers.*, I, 1, 12-15): «*Pero los arqueros de hoy día entran en combate armados con coraza y con grebas bien ajustadas hasta la rodilla. De su costado derecho van colgadas las flechas, y del otro la espada. Hay quienes también llevan suspendida y sujeta al cuerpo una lanza y sobre cada hombro una especie de escudo sin brazal, apto para cubrir la zona de la cara y del cuello. Montan a caballo perfectamente y, hasta cuando van a galope tendido, son capaces de tensar sin dificultad sus arcos hacia uno y otro lado y dispararlos a los enemigos tanto en una persecución como en una huida. Tiran de la cuerda y la traen a lo largo de la frente justo hasta la oreja derecha, con lo que le dan a la flecha tanta fuerza que matan a quienes entonces se ponga delante, sin que ni siquiera un escudo ni una coraza sirva de algo para contrarrestar el impulso*». En otro pasaje (*Bell.Pers.*, I, 18, 34), el autor señala la diferencia y superioridad de los arqueros bizantinos frente a los persas: «*Por el contrario, los arqueros romanos siempre son más lentos, pero sus flechas, al ser los arcos duros a más no poder y estar extraordinariamente tensados —y se podría añadir incluso que al ser disparados por hombres más fuertes— fácilmente hieren, mucho más aún que las persas, a los que encuentran a su paso, porque no hay armadura capaz de frenar su impulso*».